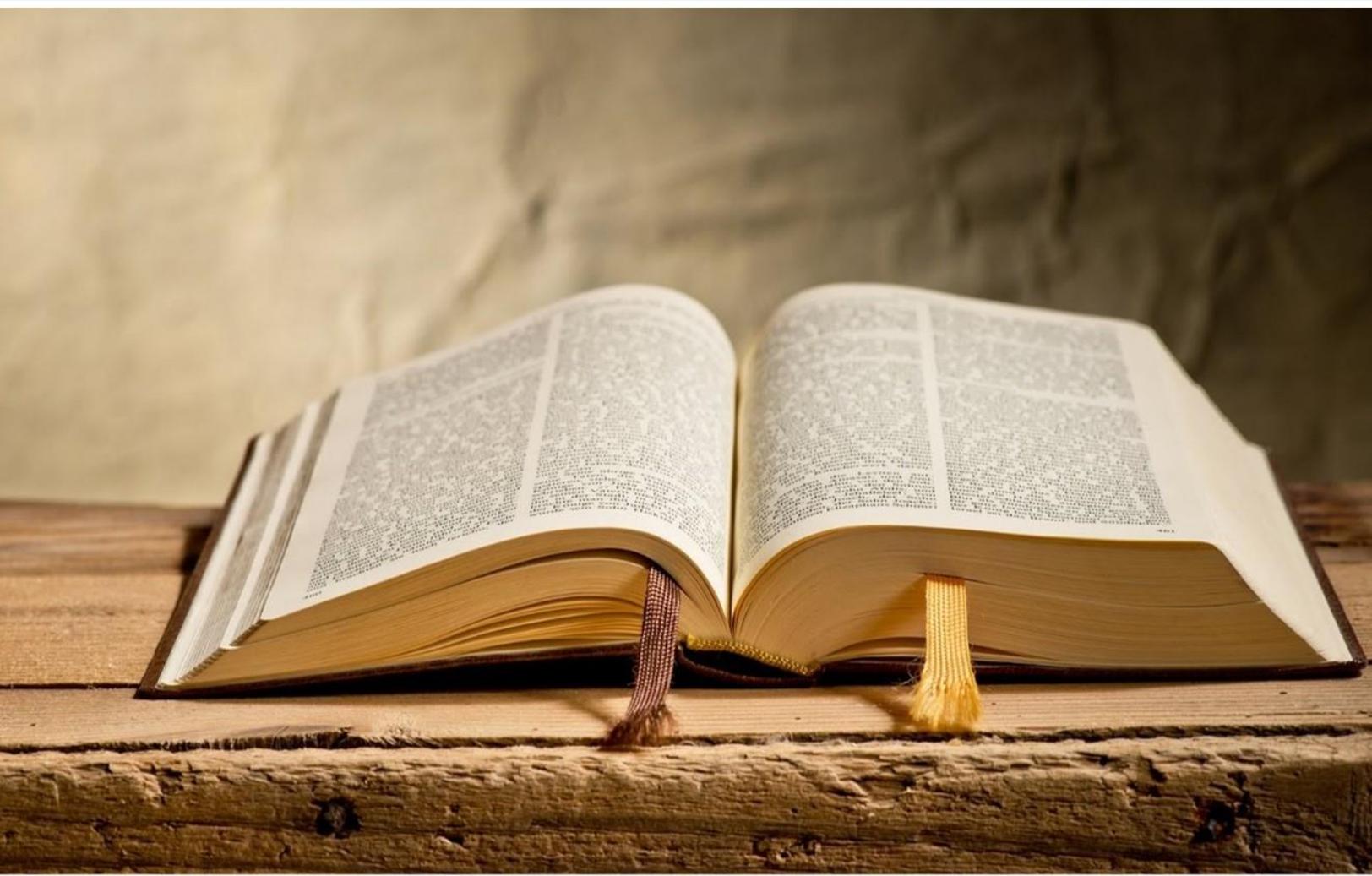


## Revista Cristiana



# NotasBiblicas

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” . (2 Tim. 3:16-17 RVR60)



La revista cristiana NOTAS BÍBLICAS tiene como propósito la edificación y la enseñanza Bíblica a todos los santos en Cristo de habla hispana donde sea que se reúnan, el contenido de la revista se fundamenta completamente en las Sagradas Escrituras, la Biblia.

Se le ruega al lector cotejar todo el contenido de la revista con la Palabra de Dios, así podrá encontrar en mayor medida el disfrute de su lectura, ya que solo las Sagradas Escrituras es la única fuente de toda verdad divina para nuestra enseñanza.

Todas las citas Bíblicas serán extraídas de la versión “Reina-Valera 1960” a excepción de las publicaciones donde se indique a pie del contenido otras versiones de las Sagradas Escrituras citadas y que estarán entre paréntesis [\*]

Nº Pág.	ÍNDICE:	CATEGORÍA:
3.	Editorial Cristiana Notas Bíblicas	Introducción a la revista
4	Introducción a la Biblia	Comentario Bíblico
5-13	Dios	Expositivo
14-16	¿Es la Iglesia la sucesora de Israel?	Preguntas Bíblicas
17-22	El Cristianismo	Doctrina
23-24	Vivir para Cristo	Vida Cristiana
25-35	La importancia de la Palabra profética	Profecía
36-43	Riquezas inescrutables [*]	Expositivo

[\*] Nota: El ítem mencionado será la publicación de un libro capítulo a capítulo en cada edición.

[\*] Nota: La portada de esta edición está basada en gratitud a la revista cristiana Creced, de la cual muchos santos han sido edificados durante largos años por su circulación.

## Editorial Cristiana Notas Bíblicas

Presentación de la Revista Cristiana Notas Bíblicas.

Nota del Editor:

Estimado lector es un agrado presentarles la revista “Notas Bíblicas” que, por la gracia de Dios, fuente donde surgió el deseo más profundo del corazón poder hacer circular una revista de literatura y edificación cristiana, con el único fin de que las enseñanzas de las Escrituras puedan ser entregadas a todos los santos en Cristo en el idioma español.

Como se anuncia en la contratapa de esta revista, todo el contenido tiene como base las Sagradas Escrituras, no existe otro libro sobre la tierra en donde podemos conocer a Dios nuestro Padre y todo lo que Él ha hecho por nosotros en su Hijo Jesucristo, si no es solamente por medio de la lectura de su divino contenido.

Esperamos que con este trabajo puedan sus corazones y mentes ir creciendo en el conocimiento de Dios y del Señor Jesús, de igual forma mediante esta revista encontrará algunos escritos en ayuda para nuestro caminar en la tierra como creyentes en Cristo.

El estudio de la Biblia y la comunión con Dios, deben ser nuestro motivo preferente en la tierra, la Palabra de Dios es nuestra mayor arma en frente toda adversidad y su cuidadoso estudio será recompensado en gran manera por la eternidad.

Saludos fraternos en el amor de Dios en Cristo.

## **Introducción a la Biblia**

Escribir unas breves notas acerca de este poderoso libro es ciertamente de mucha edificación al corazón que, en el deseo de sumergirse en la luz admirables de sus preciosas verdades, se pueden extraer de ellas la sabiduría más excelsa, este libro divino que rompe en el tiempo desde la eternidad hasta la eternidad ella es el fiel testigo de todo lo que existe pero que al mismo tiempo da a conocer los infinitos pensamientos de Dios que se desprenden a través de sus páginas.

De igual forma la Biblia encierra las distintas economías en que Dios despliega todo su carácter ya sea en favor del hombre como también en juicio contra él, sus páginas nos dice que cuando fue introducido el pecado en el mundo así también en los corazones de los hombres, Dios toma de ello para mostrar sus consejos soberanos en gracia en contra de la justicia que se debía decretar, ella nos narra que el hombre siendo probados de todas formas por Dios el resultado en responsabilidad solo fue que su naturaleza es totalmente depravada así mismo siendo esclavizados por el poder del adversario, y ella también nos muestran que Dios en sus consejos divinos envía a Su hijo amado a ser levantado en la cruz todo tiene lugar a fin de que Dios sea glorificado a sí mismo en Cristo ante los cielos y la tierra con sus habitantes es allí también que se unen la salvación de los hombres de la condenación eterna además de librarlo del dictamen que esta sobre todo el poder del mal.

Las Sagradas Escrituras narran que el Señor expirado su vida se levantó de entre los muertos en poder dando evidencia de su triunfo y en ello descansamos los que creemos en El, sus páginas nos dicen que un día nosotros seres débiles y pecadores rescatados a través de la sangre preciosa de Cristo seremos llevados hasta las alturas en favor de los frutos de su muerte y resurrección es estando allí que recordaremos la historia de la redención y en los siglos eternos elevaremos canticos de alegría en favor de Dios que nos entregó el don divino de su Hijo en venir al mundo.

Este esté precioso libro que perdurara a través de todos los tiempos es tal su poder que un día será abierto a juicio a todos los hombres que la despreciaron, pero será de gozo a todos aquellos que la abrazan como siendo la real palabra de Dios en la cual Él nos da a conocer su más perfecto Ser lleno de amor y luz en la faz de Cristo.

Al leer este bendito libro solo nos queda decir, a Dios sea toda la gloria, la honra, el poder, la fortaleza, la sabiduría y la riqueza por todos los siglos infinitos. amén.

Autor: Editor.

## Dios

Lo que es esencial al hablar de atributos, es inherente en el mismo término. Los atributos no son el ser en su naturaleza esencial, (aunque siempre se encuentran allí,) aunque justamente se le atribuyan al ser como tal; y al hablar de Dios esto no es sin importancia; y la diferencia se encontrará que es muy simple. Los atributos son relativos; entonces Dios, que es absoluto, no puede ser referido como siendo el mismo atributo. Este es solo un carácter que le pertenece. Dios es algo en Sí mismo: pero Él es también algo en relación con otras cosas cuando estas existen o se supone que existen. Los atributos pueden ser una consecuencia necesaria de lo que Él es, y supongo que en Dios siempre existen, pero estos no son lo que Él es en Sí mismo.

Además, no podemos justamente adaptarle a Dios ningún atributo que le quite, Su lugar como Dios, en necesaria y absoluta supremacía. El Ser al cual atribuyo esto dejaría de ser Dios si hago así. Dios no puede ser el objeto de juicio o Él ha perdido completamente Su lugar como Dios; si, el que juzga se pone en Su lugar, y pone a Dios en sujeción a él. Evidentemente Él de este modo no es más Dios. Cícero dice, "quasi material...subjecta est veritas." "De manera que la materia..., la verdad nos es sujeta."

Ahora, evidentemente Dios nunca puede ser esto, es decir la verdad, como la entiende un filósofo; porque entonces mi mente y pensamiento serian supremos, y Dios estaría sujeto a estos. Este es el orgullo y la locura del hombre. Esto es lo que el racionalismo moderno (y supongo que el pensamiento del hombre siempre ha actuado de esta forma) llama la supremacía de la conciencia, por la cual la revelación y todo lo demás es juzgado. Pero si la conciencia, como mi acción y juicio, es suprema, entonces no hay Dios. Un Dios que no es supremo, no es Dios.

¿No tiene entonces el hombre, ningún pensamiento en cuanto a Dios? No, al contrario. Él no puede juzgar por su mente, es verdad, pero él tiene el conocimiento del bien y del mal y una mala conciencia. Esta puede ser corrompida, pervertida, y endurecida, pero él hace la diferencia entre bueno y malo. La Escritura nos muestra que él ha obtenido esta conciencia por medio de la caída, y bajo pecado. Aun así, ésta introduce a Dios, diciendo, "el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal" Esta no es una ley, una regla desde fuera, impuesta, sino lo que es intrínseco (en el hombre). Él dice, esa es una cosa buena, aquella una mala; y concluye, que Dios no puede aprobar una cosa mala, ni condenar una buena. Un hombre puede tener, debido a sus pasiones, educación, hábitos, una errada medida de lo que es bueno y malo; y los dioses-demonios pueden hacerle llamar al mal, bien, y bien, al mal; pero él hace esta diferencia, y el sentido de bueno y malo en sí mismo lo guía a atribuir el bien a Dios, y no el mal. "¿El Juez de toda la tierra no hará lo justo?"

Pero bien y mal están conectados con obligación, y son medidos por las relaciones. Yo debo a un padre, un marido, mi vecino, lo que pertenece a esas relaciones: y del mismo modo a Dios. Es decir, que el sentido no pervertido de bien y mal pone a Dios en Su lugar, no lo juzga. No nos formamos una idea de Dios, sino que reconocemos una relación, y estamos sometidos. De este modo Adán vivió en paz antes de la caída. Supremacía y

autoridad divina estaban allí, y eran reconocidas, y después adquiriendo el conocimiento, las relaciones fueron trasgredidas.

Pero suponiendo este sentido de bien y mal en el hombre, sentimiento que está ligado a las relaciones en que él se encuentra, sostengo que Dios ama la justicia y odia la iniquidad, porque intrínsecamente conozco el bien y el mal, pero bien y mal siendo comprendido en las relaciones, Dios es supremo a mi mente; ese es el primero de los derechos. Él es Dios, tanto como mi padre es mi padre, y le debo sujeción a Él como Dios. Digo, Él debe ser justo, porque la justicia es la expresión de actuar de acuerdo a lo que es bueno y recto en las relaciones en las cuales Él ha puesto a otros, consistente con Su supremacía y justicia. Pero esta no es supremacía de la conciencia, como si yo fuese juez, y mi medida del bien y mal, o mi discernimiento de esto fuese perfecto; pero concluyo acerca del bien y del mal abstractamente, y concluyo que el bien está en Dios, pero al mismo tiempo como mi punto de partida la supremacía y perfección.

Uno no debe confundir la medida de bien y mal con el sentimiento de esto. Hablar de la supremacía de conciencia, es asumir que su medida es perfecta y suficiente, en lugar de reconocer que ésta nos pone bajo obligación. Cuando juzgo a Dios o a alguno, tomo mi medida para no es conciencia. La conciencia cuando está con Dios reconoce también autoridad sobre ella, y una autoridad suprema, o de otra manera Dios no es reconocido, y eso es simplemente ateísmo. Lo que estos infieles modernos desean, es hacer su conciencia la medida del bien y mal. Esto es falso y groseramente pretencioso, y destruye la naturaleza de Dios, y el bien en relación con Él.

Pero ya hemos entrado en la discusión de las cualidades relativas en Dios. Esto es lo que supone otras cosas aparte del ser absoluto. Si Dios es justo, aunque sea así, Él debe serlo hacia otros; esto es relativo. Hay dos palabras aplicadas a Dios, que revelan Su naturaleza\_ amor y luz\_ y solo dos. Ellas afirman lo que Él es en naturaleza. no un atributo. El Amor en bondad, pero en supremacía; porque, en su naturaleza abstracta la bondad está identificada con supremacía, porque ésta debe ser libre. Es en esto que es diferente del deseo, aun cuando sea un santo deseo.

La palabra amor es usada, lo sé, en el lenguaje humano por deseo, en el mejor y más bondadoso sentido. Esta puede expresar el sentimiento de un inferior hacia su superior, o de uno a su igual, pero también en su acepción más elevada, el amor en el sentido humano, está ligado a un móvil. Sin embargo, el amor, mientras es la misma bondad, es dichoso en si y libre en su actividad, excepto la necesidad o miseria lo llamen a desplegarse; pero no tiene un motivo que lo caracterice por su objeto; el deseo por el contrario, tiene siempre un objeto que lo determina, aun cuando no es de ninguna manera malo, pero tiene el carácter de afección; En deseos ordinarios este forma el carácter; dinero, poder, placer, dan su carácter al hombre que los busca; pero aunque el amor es usado en cuanto a ellos, este es evidentemente en un sentido inferior, y, donde están los deseos, el objeto deseado nos gobierna. Donde el amor existe en una relación formada divinamente, este es, o puede ser una justa afección. Digo, "puede ser", porque si sigue un mero deseo es idolatría, y las relaciones son falsificadas. Pero cuando este amor está en justo ejercicio, (salvo bajo ciertos aspectos donde el hombre representa a Dios,) mira hacia arriba, a lo que está sobre él, y caracteriza a la persona en quien está esta afección. De este modo el amor es conyugal, filial, etc. Un marido, un padre en ciertos respectos representa a Dios en estas relaciones, y

comparte de lo que Él es. Pero en las relaciones íntimas donde no está, tiene el carácter del cual hablo, "tu deseo será para tu marido, y el gobernará sobre ti."

Pero Dios se basta a Si mismo, y la bondad lo hace infinitamente feliz en Si mismo. Porque la bondad es feliz si no tiene objeto, aunque feliz en bondad cuando es ejercitado hacia alguno. Entonces éste es libre, porque se basta a sí mismo. Entonces, aunque, en ciertas relaciones, el hombre puede ser la imagen de Dios, aun así, no puede bastarse a si mismo, y ser libre y soberano, no se dice que él es amor, aunque debe andar en éste. La naturaleza divina está en el cristiano, y él ama; aun así "nosotros amamos porque"

Hemos venido a ser luz en el Señor. La pureza de la naturaleza que pertenece esencialmente a Dios es hecha nuestra en el nuevo hombre; en la medida que ésta actúa en nosotros manifiesta todo a nuestro alrededor en su verdadero carácter. Cristo fue amor en el mundo, y la luz del mundo. Él es la medida de ambas cosas para nosotros. Es una bendita cosa que los dos nombres esenciales de Dios sean la expresión del nuevo hombre en nosotros; solo que, como hemos visto, no se dice que nosotros seamos amor. Pero lo que es la naturaleza de Dios nos caracteriza, y nos hace gozar de Él, y actuar conforme a ese carácter aquí a través de la gracia.

Estos, el amor y la luz, como he dicho, no son atributos. Los atributos son ideas que ligamos a Dios en conexión con aquello que está fuera de Él mismo, aunque le pertenece necesariamente a Él como Dios. Él es omnipotente, omnisciente, supremo; y también justo, santo; estas cosas, aunque más conectadas con Su naturaleza, son términos relativos. Para llamar a Dios Justo, debo pensar en los tratos y demandas de Dios. Él juzga de algo cuando Él es justo, solo que esto afirma que Él siempre juzga justamente. Para llamarlo santo, debo pensar en el mal que Él rechaza. Entonces Él no es llamado justicia o santidad, sino justo y santo. Lo que Él dice es verdad, pero Él no es verdad. La verdad es lo que es justamente afirmado de algo. Pero Dios no es afirmado de algo más. Podemos decir que Cristo es la verdad, porque Él dice exactamente lo que es cada cosa\_ lo que es Dios, lo que es el hombre perfecto, y por contraste con el mal hombre, lo que es el mundo, y quien es su príncipe. A través de Él todo es exactamente manifestado en su verdadero carácter. Entonces decimos, Dios mismo es absolutamente Amor y Luz\_ lo último expresa perfecta pureza (invisible en si misma), y manifestando todo como ante Dios, y mostrando el camino ante nosotros: y Dios es justo, santo, omnisciente, omnipotente, supremo, etc.\_ todos estos son términos relativos\_ los primeros morales y los últimos atributos naturales.

Justicia es perfección o consistencia en las relaciones en las cuales uno se encuentra; el bien y el mal siendo conocido. Santidad, es el aspecto del corazón, que la pureza intrínseca de la naturaleza tiene hacia otros, de acuerdo a su carácter. Nosotros podemos hablar de cosas como santas cuando estas son completamente aparte para Dios, y separadas de todo uso profano; pero propiamente esto se aplica a personas expresando su aborrecimiento del mal y delicia en lo que es puro y bueno. Dios es santo en Si mismo, aborreciendo el mal y deleitándose en lo que responde a Su perfecta naturaleza. La criatura solo puede ser santa como separada para Dios en lo que Él es en Su perfección, porque su naturaleza no puede tener verdadero y perfecto objeto sino Él, y su objeto da carácter a una naturaleza en una criatura, y santidad es la expresión de una naturaleza, no la obligación de una relación. Somos santos en la medida en que en cada movimiento del pensamiento responde al sello y carácter de Dios, teniéndolo a Él por su objeto. Cualquier cosa tomada en sí misma, aparte de Él, es necesariamente independencia y pecado. En la medida en la cual Dios

puede ser puesto a un lado. No tenemos objeto que haga el corazón justo sino Él. Aunque no podemos dejar a Dios fuera como autor de, y como dando autoridad a las relaciones en las cuales nos encontramos; pero por estar puestos en ciertas relaciones la justicia tiene un campo más vasto que la santidad, aunque Dios deba ser introducido como aprobación de estas relaciones. Pero dondequiera que existe una relación reconocida por Dios, es injusto no actuar en conformidad a esta: no ser fiel a la obligación en ello.

Dios, siendo justo, mantiene judicialmente cada obligación que alguna relación impone sobre nosotros. Pero primero y antes que todo, relaciones con Él mismo de acuerdo a Su supremacía y naturaleza moral; esta es la base y apoyo de toda otra. Solo el cristianismo ha manifestado una segunda y más perfecta medida de nuestra relación con Dios. Éste reconoce lo que es debido del hombre conforme a la medida del hombre, sus obligaciones en el lugar en el cual él está hacia Dios y su prójimo. De esto la ley es la medida perfecta, Dios, cuando la aplica, tiene consideración de la ignorancia. Pero además de esto, Dios mismo ha sido perfectamente glorificado por el bendito Señor. Todo lo que Él es, donde el pecado dio ocasión a la plena revelación de todo lo que Él es, y un nuevo fundamento de relaciones ha sido formado de acuerdo a lo que Él es, basada sobre lo que Cristo ha realizado. Entonces el hombre está en la gloria de Dios, y la justicia de Dios es desplegada en eso.

El juicio está basado sobre las obligaciones fundamentadas sobre las relaciones en las cuales está el hombre. La aceptación va mucho más lejos, y es conforme a la dignidad de la obra de Dios; somos hechos la justicia de Dios en Él. Pero Dios en justicia mantiene todas las relaciones en las cuales el hombre se encuentra de acuerdo a Su voluntad.

Es bueno también distinguir entre la justicia de Dios en gobierno, y el inmutable carácter de Dios, según el cual es necesario que estemos ante Él, si estamos en Su revelada presencia. La revelada exigencia de Su justicia es, unida con la gran paciencia ejercitada por Su parte, a través de la bondad, la base de Su justo gobierno, nunca será plenamente revelada hasta que venga Cristo; pero fue parcialmente desplegada en Israel, donde había necesidad de mantener el recuerdo de ésta por todas partes; y en una clara forma en el diluvio que puso fin al mundo antiguo.

Pero estar ante Dios plenamente revelado, supone\_ no obligaciones hacia Él en gobierno que ejerce para mantener Su autoridad, ni el sentido natural del bien y del mal, o la regla revelada que ha sido dada, que hemos sido hechos aptos para Su propia presencia. Esto es solo en Cristo, y es solo plenamente revelado en el cristianismo, que liga a esta revelación la ira del cielo; Rom. 1:1-20.

Cuando hablo de lo que es santo, no pienso, como cuando se trata de justicia, en la autoridad judicial, sino en lo que una naturaleza pura odia y aborrece, o aquello en lo cual encuentra Su delicia. Justicia y santidad son los atributos que se ligan a la naturaleza moral de Dios y Su suprema autoridad.

Pero está en Dios, aquello que el hombre difícilmente pierde el sentimiento, aunque él esté sin Dios en el mundo. Es por lo que el sentimiento de un Ser que está sobre él, perfecto en conocimiento y poder, la conciencia de un Ser supremo ha dado lugar en el hombre a lo que es el fruto de la imaginación o del poder servil, la mitología y el fetichismo. El hombre deifica los poderes visibles de la naturaleza, porque su corazón necesita un Dios. Las

leyendas de días antiguos vinieron a ser para él los mitos de los dioses. El terror le habló de un poder vengativo, y su conciencia inquieta, lo amenaza para el futuro, con un mundo de retribución. El hombre atribuyó vida a los planetas, porque ellos se movían sin él: él tendría codicias poéticas en la Grecia superficial y satisfecha de sí misma, había codicias poéticas; en Egipto, una sobriedad calculada; resplandecientes dioses del sur, y la inmensidad de los gigantes en el norte, tormentas, y montañas en Escandinavia. O en Persia el espíritu humano buscando resolver el misterio del bien y del mal en Ahriman y Ahurmazdha en Arva, o deleites en los monstruosos en sueños en India. Crueldad y poesía podían dividir al mundo bajo el nombre de los dioses, pero detrás de todo estaba por todos lados el testimonio de Tertuliano, un "Dios desconocido" \_ un Brahm, el origen de todas las cosas, una fuente o poder primitivo.

En el fetichismo\_ la idea de esta fuente primitiva se ha degradado hasta no ser más que un temor de algún terrible poder desconocido, que los sacerdotes usaron para sus propios propósitos; en religiones más cultivadas, esta misma idea fue guardada como el secreto conocimiento misterioso que les pertenecía a ellos, o solo conocido a los iniciados, mientras los vulgares eran mantenidos en un drama con los más convenientes materiales de cada día de la mitología popular\_ los dioses y deidades de la naturaleza y la imaginación; aun así, aunque inconsistentemente, eran vestidos con atributos y poderes que, si verdaderos, solo podían pertenecer a un Dios supremo. Y esto era tan verdadero, que cada mitología local tenía su doble carácter.

En India, en las sectas de Vaishnavas y Saivas, y un Dios supremo sobre el resto, la idea de Dios, y los atributos de supremacía, omnisciencia y omnipotencia, se encuentran a través de todo a pesar de la confusión e inconsistencias del sistema. Estos atributos fueron también simbolizados, como en toros y leones alados, y hombres de Asiria\_ símbolos reconocidos en las Escrituras; con esta inmensa diferencia que, en los símbolos paganos, salvo en la vaga idea de la divinidad, no se pensaba en Dios más allá de los atributos o símbolos.

En el judaísmo, estos formaban solo el trono de un Dios conocido que se sentaba sobre ellos; por una parte, la más clara expresión, del pensamiento del hombre perdiéndose sin Dios en un conocimiento que no podía retener ni conservar, y por la otra, de la claridad de la revelación que hacía conocido al Dios verdadero. Supremacía, omnisciencia, omnipotencia, se ligan necesariamente a nuestra idea que tenemos de un Dios único, desde el momento que el pensamiento toma una forma definitiva, y los atributos envueltos en ellos no se han perdido en las asociaciones mitológicas.

En el paganismo, donde las actividades son atribuidas a energías subordinadas, el Dios original era mero abstracto, una deidad abstracta e inerte\_ abstracta existencia.

En India, el Dios original era la única existencia, a veces entrando en actividad de pensamiento y deseo, y todo esto vino a ser creación, incluyendo a los mismos dioses, como Maia, o Ilusión, y retornaba nuevamente a la abstracta deidad, cuando la ocasional actividad de Brahm cesaba.

El materialismo moderno hace poco más que sustituir las actividades científicas de la naturaleza por actividades poéticas; lo que no vale más ni menos; porque después de todo, debemos necesitar una causa. La química puede poner actividad en el cerebro, no

pensamiento moral; ¿pero que pone actividad en la química, o da a este su carácter mental? Realmente, dondequiera que encontramos una diferencia regular en una agencia semejante, encuentro que debe haber un autor de esta diferencia. Las raíces de una planta, que convierten los elementos de la misma tierra en un geranio o roble, fuerzan sobre mí la convicción de un designio y pensamiento.

No conecto a Dios, como atributos, la omnipresencia y la eternidad, no porque uno no pueda, en un sentido ordinario, hablar así; y la misma Escritura habla de este modo en el sentido práctico, y ésta siempre habla prácticamente, porque es verdadera; pero en nuestras mentes estos son conectados con el tiempo y el espacio, que no se aplican a Dios. No hay tiempo donde Dios no está; ni lugar donde Su ojo y mano, para usar el lenguaje humano, no se encuentren. "YO SOY" es la expresión propia de Su existencia. Mientras el tiempo corre "Yo Soy" permanece inmutable, y cuando el tiempo haya recorrido su curso, "Yo Soy" subsistirá igualmente. Esto difícilmente puede llamarse un atributo. Siendo comprendido esto, podemos hablar de lo eterno como un atributo natural de Dios.

En cuanto a la omnipresencia, Dios no tiene nada que hacer con el espacio o tiempo. Él ha creado todas las cosas en una forma de este modo comprensible para nosotros. En esta creación nada escapa a Él. Él es, moralmente hablando, omnipresente. Él no es, o está en esto, sino que lo llena. ¡Él es "a través de todo"! Él sustenta todo, como creó todo. Él no está moralmente interesado en algún motivo (salvo como obrando en el hombre en gracia), pero ni un gorrión cae a tierra si Él no lo quiere.

La omnipotencia está envuelta en lo anterior\_ el poder para hacer lo que Su voluntad desea. La omnisciencia está también envuelta en esto. Si Dios no conociese todas las cosas, no sabría hacer lo justo, ni podría juzgar justamente. Supremacía está envuelta en nuestra misma idea de Dios y como Uno activo en poder. Estas cosas son inherentes en nuestra idea de Dios, y (cuando las adiciones del paganismo que son confesadamente imaginaciones son removidas) no podemos separarlas de la idea de Dios. Lo que es importante es retener firme esto, que existe una voluntad en Dios. Ningún ser moral puede estar desprovisto de ésta; una voluntad guiada por justicia y santidad, y a la cual la omnipotencia y omnisciencia están subordinadas, pero que es la fuente y origen de todo lo que existe aparte de Él mismo, no de su estado, porque los seres morales tienen una voluntad, sino de su existencia.

Él es un Creador. No digo que uno pueda probar por medio de una deducción lógica que la simple existencia sea un objeto de creación. El hombre ve árboles, planetas moviéndose; en una palabra, ve la evidencia de designio, y eso, que a menudo se ha argüido, envuelve un designador. El conocimiento claro y positivo de un Creador es una materia de fe. Aun así si un hombre supone la existencia abstracta de la materia sin una causa, él viola los primeros principios del pensamiento. Él está acostumbrado a ver al hombre formar muchas cosas de materia comparativamente sin forma, de manera que él tiene una idea de esto último. Pero si él comienza a pensar por qué algo existe, no puede evitar el pensamiento de una causa. Porque el "¿Por qué?" implica esto. Y está en mi naturaleza decir, ¿por qué? Estoy constituido a esperar una causa. Aunque no pueda definirla, tampoco puedo concebir la creación; pero no puedo imaginar, por otra parte, una cosa existiendo sin una causa. Mi mente puede ser inerte, en cuanto a lo que existe tal como lo encuentro; pero tan pronto como entra en actividad, pregunta por qué una cosa existe. La misma cosa prueba que no puedo conocer una causa primera, sino solo que debe

haber una. No puedo pensar en una cosa existiendo sin una causa, por tanto, digo que debe haber una. Pero una causa primera significa que existe una sin causa. Eso quiere decir, que no puedo concebirla. Entonces, tampoco puedo concebir una creación, aunque sé que debe haber un Creador. Esto es solamente decir, soy una criatura y debo pensar en el orden de mi existencia.

Bondad, o amor, omnisciencia y omnipotencia, envuelven en si perfecta sabiduría; solo que todo esto supone un Dios, con una libre voluntad para existir, antes que cualquier atributo pueda serle atribuido. Si no es libre para actuar, omnisciencia y omnipotencia son simplemente nulas.

Una clase de filósofos, incapaces como somos nosotros\_ ya que en la naturaleza de cosas todos somos criaturas\_ para concebir una creación (porque la criatura debe pensar en su propio orden, es decir, el orden de la criatura; él puede no tener una idea de creación ya que el poder para crear no está en él), juzga "ex nihilo nihil fit" "de la nada, nada se hace". Para él esto es verdadero; pero es solo una gran falacia, común a la filosofía, de tomar nuestra capacidad de pensamiento y acción como la medida de lo que puede ser, lo que simplemente es absurdo. Esta es nuestra medida en cuanto al poder, sea de pensamiento o acción; debemos pensar o actuar de acuerdo a nuestra naturaleza, y no podemos pensar más allá de lo que es formarse ideas. Pero este sistema es completamente falso si niega que podemos tener una conciencia de lo que está sobre nosotros y que seamos susceptibles a recibir.

Más aun, negativamente, puedo estar consciente de la necesidad de una cosa de la cual no puedo formarme una idea, porque esto está más allá del orden de mi existencia. De esta manera naturalmente atribuyo un efecto a una causa, un poder que lo produce. Veo una cosa que viene a ser, que comienza a existir, y como está ante mí; enseguida atribuyo esto a alguna causa. He sido formado de manera a suponer un ¿por qué? Esto no puede ser sin una causa. Esto no quiere decir que me di cuenta de la naturaleza de esta causa, pero tengo la convicción que debe haber una. Lo que existe me parece como un efecto y el efecto contiene la idea de una causa. Entonces creo en la creación. No que yo me forme una idea de esto, sino que solo negativamente, ésta no puede sino existir.

La misma naturaleza de la prueba demuestra, como ya he dicho, que no puedo formarme una idea de la cosa probada. Pero allí se ve claramente eterno poder y deidad. Y note aquí que el poder creativo envuelve eterno poder, porque todo comienza por creación, y toda creación tiene un comienzo. Pero lo que creó debe ser, es decir, debe existir absolutamente sin un comienzo, "Yo Soy", por tanto, o absoluta existencia, es justo la revelación de Dios como tal.

De este modo tenemos un Dios personal\_ "Yo Soy", supremo, absolutamente libre, omnisciente, omnipotente, sabio, el Creador. Estas son, por decir así, atributos naturales; los atributos morales son, justicia, santo, bondad. Estos atributos son conocidos al hombre, no por medio de ideas y reflexiones, lo que es imposible, porque el pensamiento del hombre al menos sería a lo menos igual al de Dios, es decir, entonces Él no sería Dios; sino por conciencia, o el conocimiento del bien y del mal, por las pruebas de poder y sabiduría creativa que han hecho la creación que nos rodea, finalmente por la idea de un Dios, por el sentimiento constante de unidad, supremacía, de divinidad absoluta, que se encuentra por

todas partes, a pesar de la completa degradación del hombre, caído en corrupción y violencia , y a pesar de las monstruosas ideas en las cuales él ha mezclado la idea de Dios

Si Júpiter es amamantado por una cabra en Creta, la idea de supremacía permanece. Si Krishna vive con crías de las vacas, en el tiempo él es una encarnación de Vishnu, y Vishnu es Brahm, el descanso Maisa o Ilusión. Los dioses son mortales; Dios no. Este puede ser Bathos, o Silencio, o uno desconocido, cuando el débil pensamiento del hombre tiene una idea formada; pero antes de que actúe, detrás de los dioses de la imaginación, hay codicias o temores, no solo hay deidad, sino un Dios. El Manitou de los indios, el ser eterno existiendo antes que Ahurmazdha, estuviese activo para el bien, o que Ahriman, interviniese para estropear su obra.

Aquí observo, que donde las ideas fluyen de una relación en la que existimos, relación que pertenece a nuestra naturaleza en su constitución original, el pensamiento, la imaginación, la educación, el hábito en cosas religiosas, la intervención del clero, pueden pervertir esta idea, falsificarla, degradarla (y el espíritu del hombre con ella ), o contradecirla por medio del razonamiento, a causa de la incapacidad en la cual se encuentra el espíritu para dominarla ; pero las raíces de ello están en la naturaleza. Para que una noción pueda ser falsificada, es necesario que ésta exista. "Naturam expellas furca, tamen usque recurret." (Expulsad lo natural, y esta volverá al galope). Entonces, propenso como es el espíritu mente humano para entregarse a su imaginación, se mantiene a distancia del Dios que teme y tiene dioses e ídolos que puede manejar conforme a sus propias lujurias y pensamientos, aun así, cuando la verdad de la relación es manifestada, el alma lo reconoce.

La unidad, supremacía, omnisciencia, omnipotencia de Dios, y nuestra responsabilidad hacia Él, son reconocidas, cuando la revelación divina las ha manifestado, como la única verdad. No pienso por eso, que el pensamiento del hombre no pueda o no busque desaprobar esto, porque no lo desea, tampoco la responsabilidad, y desea ser supremo al menos no desea tener a nadie sobre sí. Pero allí tenemos un esfuerzo, y un esfuerzo cuyos efectos nunca permanecen con las masas; es decir, con el hombre conforme a la naturaleza un esfuerzo, también, siempre conectado con la opresión, la violencia y el libertinaje, como en la caída del imperio romano y en la revolución francesa. La moralidad debe desaparecer; porque no puede haber moralidad sin responsabilidad, y responsabilidad sin Dios es imposible. Porque ¿a quién soy responsable si no hay uno sobre mí? La responsabilidad se refiere a las relaciones, y todas las relaciones, aun las humanas, están fundamentadas sobre las relaciones con Él. Sin Él actúa la voluntad propia; y cada uno tendrá la suya propia, y el hombre vendrá a ser una mezcla del diablo y del bruto, o vendrá a ser un esclavo del poder, porque es obligado a ello, o peor; mientras que el poder en resultado cultivará la superstición, a causa de la influencia que tiene sobre los pensamientos de los hombres. Y realmente, donde la fe o la revelación no dan una verdadera esfera fuera de uno mismo, el hombre no puede descansar en sí mismo, y él hará un dios falso. Es esto lo que, bajo el poder de Satanás, producen las religiones del mundo.

La revelación, al hacer conocido al Dios verdadero, satisface\_ no el conocimiento, sino las necesidades del pensamiento humano. Esta es el testigo de su propia verdad, porque aclara estas fuentes en el alma que son la adaptación subjetiva a las relaciones en las cuales estaba en verdad con Dios; y la revelación objetiva las satisface perfectamente, en la medida en la cual Dios es conocido.

Entonces, donde la revelación existe, Dios es reconocido donde no hay verdadera conversión. De allí la superioridad moralmente del protestantismo (que reconoce la verdadera revelación, y la usa personalmente) sobre el Papado, que ha establecido un sistema mitológico de santos, etc., y establecido un sacerdocio, que es siempre, y debe ser el caso, si Dios no es directamente conocido. En el protestantismo la conciencia tiene que hacer directamente con Dios revelado: en el Romanismo no lo es\_ el sacerdote es un director.)

Si tomamos las Escrituras, encontramos en cada página los atributos de Dios\_ al único Dios verdadero\_ y los vemos brillar, con lustre sin nubes. Él es supremo, el Creador del cielo y la tierra, de todas las cosas; que conoce todas las cosas. Si vamos al cielo, Él está allí; si al hades, también allí lo encontramos (Jer. 23:24); puede hacer todas las cosas. Su ojo y presencia están por todos lados; Él es el Dios eterno; Él también es santo y justo, Su bondad está sobre todas Sus obras. Los anhelos del corazón humano son satisfechos con la más clara y plena revelación de Dios. Me refiero al A. Testamento, porque allí Dios, como tal\_ el Dios verdadero\_ es plena y especialmente revelado en contraste con los ídolos y las imaginaciones humanas. Esta es Su especial, y directa revelación, con la ley de Su boca\_ aunque promesas y profecías acompañan esto.

El N. Testamento confirma esto plenamente, esto no necesito decirlo; pero existe una más plena revelación en el Padre enviando al Hijo para el cumplimiento de Sus designios en gracia, y esto lo caracteriza. Él no da una revelación, Él es revelado. Entonces, aunque por supuesto los atributos permanecen verdaderos, no son atributos lo que lo caracterizan, sino lo que Él es\_ luz y amor; justicia y santidad necesariamente son introducidos. No los requerimientos de Él sobre el hombre, porque entonces el carácter de estos atributos como revelados, serían completamente cambiados. En el A. Testamento podríamos decir, "el Señor justo ama la justicia." "el Juez de toda la tierra ¿no hará lo que es justo?" Ahora, Él\_ Cristo\_ es nuestra justicia; hemos sido hechos justicia de Dios en Él. Es en el N. Testamento que encontramos a Dios revelado en Cristo como luz y amor, y nosotros, "luz en el Señor," y participantes de la naturaleza divina, para andar en luz, y conocer, a través de la redención que es en Cristo, ese perfecto amor que echa fuera el temor.

Esto es más que atributos, como hemos dicho, aunque esto confirma, en cierto sentido la fuente de éstos, y nos hace conocer a todos ellos, y dar a cada uno su propio y pleno lugar.

Autor: J.N.D.

## **¿Es la Iglesia la sucesora de Israel?**

Si es así ¿Ha sido entonces Israel desechado para siempre?

Esta última pregunta la responde el apóstol Pablo en el capítulo 11 de la epístola a los Romanos:

"Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció".

El apóstol da tres pruebas en apoyo, la primera, que él mismo era, personalmente israelita. En su celo judío incluso había perseguido a las asambleas y forzado a los creyentes a blasfemar, y sin embargo Dios había manifestado todas las riquezas de su gracia y longanimidad hacia él al salvarlo y emplearlo en su servicio.

La segunda de las pruebas se encuentra en el versículo 11 del mismo capítulo: "Digo, pues, ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos". Durante toda la historia del pueblo de Israel, largos períodos de oscuridad alternaron con cortos avivamientos, severos castigos con demostraciones de gracia, hasta que al fin Dios envió a su Hijo amado; pero lamentablemente, Aquel a quien Él quería colocar en Sion como la preciosa piedra angular vino a ser piedra de tropiezo y roca que hace caer para las dos casas de Israel. La profecía que anunciaba que un gran número de ellos tropezarían se había cumplido, pero ¿habían caído para no levantarse? No, Dios había revelado por ese medio otros designios de gracia. La caída de Israel había dado ocasión para procurar la bendición de las naciones. De nuevo ese perdón a favor de las naciones debía excitar a celos a los judíos para despertar en ellos el ardiente deseo de obtener nuevamente ese lugar. ¿Eso sucederá? Si, Israel será vuelto, sobre una base completamente nueva, a su antiguo lugar, lo repito: a su antiguo lugar y no implantado en la Iglesia cristiana, de la cual los judíos nunca formaron parte como pueblo. "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis ignorantes en cuanto a vosotros mismos; que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo" (Ro.11:25).

Hemos llegado ahora a la tercera y más contundente prueba del hecho de que Dios no rechazó a su pueblo pecador, sino que, en Su misericordia, le recordará al final y despertará en él un profundo arrepentimiento y un verdadero retorno de corazón a su Mesías rechazado. "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Ro.11:29). Un endurecimiento parcial le acaeció a Israel como juicio de su pecado e infidelidad, pero ese endurecimiento no durará para siempre. Después de la plena entrada de los gentiles o sea después que el último miembro de la Iglesia haya sido incorporado a ésta, ella será arrebatada al cielo antes de la hora de la prueba que debe caer sobre toda la tierra, y entonces en ese momento todo Israel será salvo, a saber, Israel como pueblo, compuesto solamente por un remanente. Ello no puede acontecer mientras dure la historia de la verdadera Iglesia, la reunión del cuerpo de Cristo, en el cual no hay ni judío ni griego.

Luego, si Israel en un tiempo aún futuro va a ser restaurado, entonces ¿Qué diferencia tiene con la Iglesia?

Dios tiene un sólo propósito: glorificarse Él mismo en Cristo. Pero el despliegue de Su gloria en Cristo envuelve dos esferas: la terrenal y la celestial. Israel está especialmente conectado con la manifestación de la gloria de Dios en Cristo "en la tierra", mientras la Iglesia, el cuerpo de Cristo está conectado con la manifestación en los cielos.

La Iglesia no ha reemplazado a Israel, tampoco es un continuador espiritual de Israel, porque el "cuerpo de Cristo" no es un pueblo terrenal como lo fue Israel, y como lo será después; sino más bien celestial, sentado en lugares celestiales en Cristo Jesús, con una esperanza celestial (Ef.2:6 y Filip.3:20-21).

Si Israel y la Iglesia, son dos entes completamente distintos en llamado, tiempo de acción y promesas; ¿Cuándo termina uno y comienza el otro? o ¿Con qué hechos se relaciona su tiempo de testimonio?

Israel como pueblo de Dios comienza con su liberación de Egipto y del poder de Faraón. Luego, la historia de la nación de Israel como pueblo de Dios y del gobierno de esta tierra ha sido interrumpida por un paréntesis celestial que es la formación de una compañía celestial: la Iglesia, dicho paréntesis ha comenzado en Pentecostés, después del rechazo del Mesías y terminará el día de raptó; en todo este período su tiempo de testimonio se relaciona con el hecho de que el Espíritu Santo ha sido enviado a la tierra para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos.

Si la Iglesia es algo distinto a lo que antes se ha conocido ¿Es por esto una revelación nueva de parte de Dios?

En la epístola a los Efesios (3:2-6) el apóstol Pablo señala: "si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio".

Para que podamos recibir la gran verdad de la asamblea sobre una base de autoridad Divina, el apóstol toma cuidado de explicar que él ha adquirido el conocimiento del "misterio" de la asamblea, no por comunicaciones de hombres, sino por revelación directa de Dios, como él dice: "Por revelación, el misterio me ha sido dado a conocer". Esto responde a una dificultad que puede surgir en relación con la verdad del misterio. Cuando Pablo anunciaba el evangelio en las sinagogas judías, invocaba invariablemente las Escrituras (Hechos 13:27-29) y los judíos de Berea son aprobados por haber examinado las Escrituras para ver si la palabra predicada por Pablo estaba de acuerdo con ellas. Desde el momento que Pablo anuncia la verdad de la asamblea, él no podía más referirse al Antiguo Testamento para confirmar esto. Sus auditores habrían sondeado en vano las Escrituras para ver si las cosas eran así. La incredulidad de los judíos les hacía difícil aceptar numerosas verdades que se hallaban en sus propias Escrituras, como vemos con Nicodemo que ignoraba la verdad del nuevo nacimiento (Ezequiel 36:26). Recibir algo que no se hallara en éstas y que pusiese de lado todo el sistema judío que era descrito en ella y que

había existido con la autoridad de Dios durante siglos, era para los judíos una dificultad casi imposible de vencer.

Numerosos cristianos apenas aprecian esta dificultad, por el hecho que la verdad de la asamblea está fuertemente oscurecida en sus espíritus, o totalmente perdida. La asamblea siendo para ellos el conjunto de creyentes en todos los tiempos, ellos están prontos a encontrar lo que ellos creen ser la asamblea en el Antiguo Testamento. Que éste ha sido el pensamiento de hombres piadosos es ampliamente probado por los títulos dados a diversos capítulos del Antiguo Testamento en ciertas traducciones. Pero si recibimos la verdad de la asamblea como ésta es presentada en la epístola a los Efesios, somos puesto en una dificultad que no puede ser resuelta, sino solamente en reconocer que la verdad de la asamblea es una revelación completamente nueva.

Autores: R.B., J.N.D., H.S.

## **El Cristianismo**

En otra ocasión, sostuvimos que la Biblia y no un sistema particular de teología deducido de ella era la guía suprema y plenamente suficiente de la Iglesia, en todas las épocas, en todas las latitudes y bajo todas las circunstancias. Ahora nos proponemos presentar a nuestros lectores, no una forma particular de religiosidad humana, sino el cristianismo en su excelencia moral y en su belleza divina, tal como está ilustrado en este conocido pasaje de la epístola a los Filipenses. No osamos tomar la defensa de los hombres ni de sus sistemas. Los hombres yerran en su teología y en su moral, pero la Biblia y el cristianismo permanecen inalterables e inquebrantables. ¡Qué gracia indecible! ¿Quién podría apreciarla debidamente? Poseer una regla perfecta de teología y de moral, es un privilegio por el que jamás podríamos estar suficientemente agradecidos. Poseemos esta norma —bendito sea Dios— en la Biblia y en el cristianismo que ella expone. Los hombres pueden errar en sus creencias y faltar en su conducta, pero la Biblia no deja de ser la Biblia, y el cristianismo no deja de ser el cristianismo.

Ahora bien, creemos que el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses nos presenta el modelo de un verdadero cristiano, un modelo según el cual todo cristiano debería ser formado. El hombre que se nos muestra aquí, podía decir por el Espíritu Santo: “Hermanos, sed imitadores de mí” (Filipenses 3:17). Él no habla así en su carácter de apóstol, ni como hombre dotado de dones extraordinarios, habiendo tenido el privilegio de haber visto inefables visiones. En este versículo 17 de nuestro capítulo, no oímos a Pablo el apóstol ni a Pablo el vaso dotado, sino a Pablo el cristiano. Nosotros no podríamos seguirlo en su brillante carrera como apóstol. No podríamos seguirlo en su arrebatamiento al tercer cielo; pero sí podemos seguirlo en su marcha cristiana a través de este mundo; y nos parece que en este capítulo tenemos una vista completa de esta marcha, y no solamente de la marcha en sí, sino también del punto de partida y de la meta. Vamos, pues, a considerar:

- Primero: La posición del cristiano
- Segundo: El objeto del cristiano
- Tercero: La esperanza del cristiano

¡Que el Espíritu Santo sea nuestro instructor, mientras nos detenemos un poco en estos puntos tan importantes y tan llenos de interés! Y ahora, abordemos el primer punto:

## 1. La posición del cristiano

Este punto, en nuestro capítulo, se halla desarrollado de manera doble. No sólo se nos dice lo que es la posición del cristiano, sino también lo que no es. Si alguna vez ha existido un hombre que pudiera jactarse de tener su propia justicia con la cual estar delante de Dios, ése ha sido Pablo. “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Filipenses 3:4-6).

He aquí un muy notable catálogo que presenta todo lo que se podría desear para constituir una buena posición en la carne. Nadie podía aventajar a Saulo de Tarso. Él era un judío de pura cepa, de una conducta irreprochable, con un celo ferviente y una devoción inquebrantable. En sus principios, era un perseguidor de la Iglesia. Como judío, era imposible que no viese que los fundamentos mismos del judaísmo eran sacudidos por la nueva economía de la Iglesia de Dios. Era absolutamente imposible que el judaísmo y el cristianismo pudiesen subsistir sobre el mismo terreno, o que pudiesen reinar juntos sobre el mismo espíritu. Un rasgo especial del antiguo sistema era la estricta separación de judíos y de gentiles; un rasgo especial del último es la íntima unión de ambos en un solo y mismo cuerpo. El judaísmo erigía y mantenía la pared intermedia de separación; mientras que el cristianismo la derribó para siempre.

Por tal motivo, Saulo de Tarso, como celoso judío, no podía ser sino un ardiente perseguidor de la Iglesia de Dios. Ello era parte de su religión, en la cual él “aventajaba a muchos de sus contemporáneos en su nación”, siendo “mucho más celoso” (Gálatas 1:14). Saulo tenía todo lo que se podía tener bajo forma de religión; cualquiera fuese la altura que el hombre podría alcanzar, él la alcanzaba. No se le escapaba nada que pudiese contribuir a construir el edificio de su propia justicia, de la justicia en la carne, de la justicia en la vieja creación. Le fue permitido apropiarse de todas las atracciones de una justicia legal, a fin de que pudiese arrojarlas lejos de él en medio de las glorias más brillantes de la justicia divina. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:7-9).

Debemos notar aquí que el pensamiento más sobresaliente en este pasaje no es el de un pecador culpable que echa mano de la sangre de Jesús para obtener el perdón, sino más bien el de un legalista que echa de lado, como escoria, su propia justicia, por haber encontrado una mejor. Ni precisamos mencionar que Pablo era un pecador por naturaleza, “el primero de los pecadores”, y que, como tal, tuvo que apropiarse de la sangre preciosa de Cristo, y hallar allí el perdón, la paz y la aceptación para con Dios. Muchos pasajes del Nuevo Testamento nos enseñan esto; pero no es éste el pensamiento principal del capítulo que estamos considerando. Pablo no está hablando de sus pecados sino de sus ganancias. No está ocupado con sus necesidades como pecador, sino de sus ventajas como hombre, como hombre en la carne, como hombre en la vieja creación, como judío, en una palabra.

Es cierto, benditamente cierto, que Pablo trajo todos sus pecados a la cruz y que ellos fueron lavados en la sangre expiatoria de la divina ofrenda por el pecado. Pero vemos otra cosa en este importante pasaje. Vemos a un hombre legalista arrojando lejos de sí su propia justicia y estimándola como una cosa repugnante y sin valor en comparación con un Cristo resucitado y glorificado, quien es la justicia del cristiano, la justicia que pertenece a la nueva creación. Pablo tenía pecados que lamentar, pero tenía una justicia en la cual podía gloriarse. Tenía culpa en la conciencia, y laureles en la frente. Tenía abundantes cosas de que avergonzarse, y abundantes cosas de que gloriarse. Pero el punto principal que se presenta en Filipenses 3:4-8 no es el de un pecador cuyos pecados han sido perdonados, su culpa borrada y su vergüenza cubierta, sino el de un legalista que deja atrás su propia justicia, el de un erudito que se despoja de todos sus laureles, el de un hombre que abandona su vanagloria por la sencilla razón de que ha hallado la verdadera gloria, el galardón inmarcesible y una eterna justicia en la Persona de un Cristo victorioso y exaltado. No se trataba solamente de que Pablo, el pecador, tuviese necesidad de una justicia, porque, en realidad, él no tenía ninguna; sino de que Pablo, el fariseo, prefería la justicia que le fue revelada en Cristo, porque ella era infinitamente mejor y más gloriosa que toda otra.

Sin duda, Pablo, como pecador, tenía necesidad de una justicia, en la cual pudiese estar de pie ante Dios, como todo otro pecador; pero no es eso lo que él nos presenta en este capítulo. Deseamos que nuestros lectores comprendan con claridad este punto, a saber, que no es sólo cuestión de que mis pecados me muevan hacia Cristo, sino de que Sus excelencias me atraen a Él. Es cierto que tengo pecados y que, por lo tanto, necesito a Cristo; pero aunque tuviese una justicia, la arrojaría lejos de mí y sería dichoso de refugiarme “en Él”. Sería una positiva “pérdida” para mí el tener una justicia propia, ya que Dios me ha provisto en su gracia de tan gloriosa justicia en Cristo. Es como Adán en el huerto de Edén; estaba desnudo y, en consecuencia, se hizo un delantal; pero habría sido una “pérdida” para él el hecho de conservar el delantal después que Jehová Dios le hiciera una túnica. Seguramente era muchísimo mejor tener una túnica hecha por la mano de Dios, que un delantal hecho por la mano del hombre. Así pensó Adán, así pensaba Pablo, y así pensaban todos los santos de Dios cuyos nombres hallamos grabados en las páginas sagradas. Es mejor estar en la justicia de Dios, que es por la fe, que estar en la justicia del hombre, que es por las obras de la ley. No es solamente una gracia ser librados de nuestros pecados mediante el remedio que Dios proveyó, sino que es también una gracia ser librados de nuestra justicia y aceptar, en lugar de ella, la justicia que Dios reveló.

Así pues, vemos que la posición de un cristiano está en Cristo. “Hallado en él” (Filipenses 3:9). Ésta es la posición cristiana. Nada más ni nada menos que ésta. No es que una parte esté en Cristo y la otra en la ley, una parte en Cristo y otra en las ordenanzas. No; se halla toda “en él”. Ésta es la posición que el cristianismo provee. Si se la tocara en lo más mínimo, no sería más el cristianismo. Puede que se trate de algún «ismo» antiguo, de un «ismo» medieval o de algún «ismo» nuevo; pero si fuese otra cosa que no sea solamente “hallado en él”, seguramente no sería el cristianismo del Nuevo Testamento. Vemos, pues, la importancia, en el tiempo en que vivimos, de actuar en las conciencias de nuestros lectores. Les suplicamos que consideren bien este primer punto, como lo ha expresado un himno: «En Cristo está nuestra posición.» Él es nuestra justicia; él mismo, el Cristo crucificado, resucitado, exaltado y glorificado. Sí, él es nuestra justicia. “Ser hallado en él”, he aquí la propia posición cristiana. No es el judaísmo, el catolicismo, ni ningún otro

«ismo». No es ser miembro de esta iglesia o de tal otra, sino que es estar en Cristo. Éste es el gran fundamento del verdadero cristianismo práctico. Ésta es, en una palabra, la posición del cristiano.

## 2. El objeto del cristiano

Aquí nuevamente vemos que el cristianismo nos coloca delante de Cristo solo. El hecho “de conocerle” (Filipenses 3:10) constituye la aspiración del verdadero cristiano. Si la posición del cristiano es “ser hallado en él”, “conocerle” constituye su único objeto, su única meta. La filosofía de los antiguos tenía un adagio que era constantemente presentado a la atención de sus discípulos: «Conócete a ti mismo.» El cristianismo, al contrario, tiene otra palabra, que tiende a un objeto más noble y elevado. Nos insta a conocer a Cristo, a hacer de él el objeto de nuestro corazón, a fijar nuestra mirada en él.

Esto y sólo esto constituye el objeto del cristiano. Tener cualquier otro objeto no constituye en absoluto el cristianismo, y lamentablemente los cristianos tienen otros objetos en que ocuparse. Por eso decíamos al principio de nuestro artículo, que lo que deseábamos presentar a nuestros lectores es el cristianismo y no la marcha de los cristianos. Poco importa cuál sea el objeto que nos ocupa; desde el momento que no es Cristo, no es el cristianismo. El anhelo del verdadero cristiano tenderá siempre hacia lo que se dice en estas palabras: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (v. 10).

La meta del cristiano no es hacer su camino en el mundo, ir en busca del dinero, procurar alcanzar una posición social elevada, buscar engrandecer su familia, hacerse de un nombre y buscar fama. Él no aspira a ser considerado un gran hombre, un hombre rico, un hombre popular. No, ninguna de estas cosas es un objeto cristiano. Ellas pueden constituir las aspiraciones de aquellos que no han hallado mejores bienes; pero el cristiano ha hallado a Cristo. En esto reside toda la diferencia. Puede parecer natural para un hombre que no conoce a Cristo como su justicia, hacer lo mejor que pueda para forjar su propia justicia; pero para aquel cuya posición está en un Cristo resucitado, la más perfecta justicia que pudieran producir los esfuerzos humanos, no sería más que una pérdida. Es exactamente lo mismo cuando se trata de un objeto. La cuestión no es decir: «¿Qué hay de malo en tal o cual cosa?», sino: «¿Es esto de Cristo?».

Es útil considerar esto, pues estamos seguros de que una de las grandes causas de la baja condición espiritual que prevalece entre los cristianos, se debe justamente al hecho de que la mirada es quitada de Cristo, y fijada en tal o cual objeto inferior. El objeto puede tener en sí mismo cierto valor moral para un hombre del mundo, para un hombre que no ve nada más allá de su lugar en la naturaleza, en la vieja creación. Pero, para el cristiano, no es así. Él no es de este mundo. Está en el mundo, pero no es del mundo. Ellos “no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, dice nuestro amado Señor (Juan 17:14). “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20), y nunca debiéramos estar satisfechos con un objeto inferior a Cristo. No importa en lo más mínimo la posición social en la cual estemos. Un hombre puede ser un recolector de residuos o un príncipe, o puede ocupar uno de los numerosos grados entre estos dos extremos sociales; es todo lo mismo si

Cristo constituye su único y verdadero objeto. No es la condición social de un hombre, sino el objeto que persigue, lo que le confiere su carácter.

El apóstol Pablo no tenía sino un solo objeto: Cristo. Ya sea que se quedase en un lugar o que estuviese de viaje, que predicase el Evangelio o que juntase ramas secas para las estacas (Hechos 18), que estableciese iglesias o que hiciera tiendas, su objeto era Cristo. Tanto de noche como de día, en casa o fuera de ella, por mar o por tierra, solo o con otros, en público o en privado, Pablo podía decir: “Una cosa hago” (v. 13); y esto, notémoslo bien, no se trata solamente de Pablo el diligente apóstol, Pablo el santo arrebatado al tercer cielo, sino de Pablo el cristiano vivo, activo y caminante; de aquel que podía decirnos: “Hermanos, sed imitadores de mí” (v. 17). Y no deberíamos contentarnos con nada menos. Nuestras faltas —es triste decirlo, pero es cierto—, son numerosas; pero mantengamos siempre ante nuestros ojos el verdadero objeto. El escolar, que escribe unas líneas, sólo puede esperar que la página que redacta quede prolija si mantiene sus ojos fijos en la primera línea del encabezamiento que subrayó con una regla. Ahora bien, si luego aparta su mirada de la línea modelo, y se empieza a fijar en la última línea que acaba de trazar —lo cual es una tendencia muy común—, entonces cada línea subsiguiente se irá desviando cada vez más de la precedente. Lo mismo ocurre con nosotros: Apartamos la mirada de nuestro divino y perfecto modelo, y comenzamos a considerarnos a nosotros mismos, a fijarnos en nuestros propios esfuerzos, en lo que somos nosotros, en nuestros propios intereses, en nuestra reputación. Comenzamos a pensar en lo que estaría de acuerdo con nuestros principios, con la profesión que hacemos, con nuestra posición en el mundo, en lugar de pensar en el único objeto que el cristianismo pone ante nosotros, esto es, Cristo.

Pero dirá alguno ¿dónde se halla esto? En efecto, si lo buscamos en las filas de los cristianos de nuestros días, ello será ciertamente difícil. Pero es lo que nos dice el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses, y esto ha de bastarnos. Hallamos allí un modelo del verdadero cristianismo, que debemos tener única y continuamente ante los ojos. Si nuestros corazones quisieran ir en pos de otras cosas, entonces juzguémoslos. Comparemos las líneas que trazamos con la línea modelo, y busquemos seriamente reproducir una copia fiel a partir de ella. Sin duda habremos de llorar por nuestras frecuentes caídas, pero estaremos ocupados con nuestro verdadero objeto, y tendremos así formado nuestro carácter cristiano; porque, no lo olvidemos, éste es el móvil que nos hace actuar, que forma nuestro carácter; cada objeto anhelado, forma nuestro carácter. Si mi meta es el dinero, seré avaro; si busco el poder, seré ambicioso; si amo las letras, seré un literato; si mi objeto es Cristo, seré cristiano. No se trata aquí de una cuestión de vida o de salvación, sino de cristianismo práctico. Si alguien nos pidiera que definiéramos en pocas palabras qué es un cristiano, en seguida responderíamos que es un hombre cuyo objeto es Cristo. Esto es muy simple. ¡Ojalá que podamos experimentar el poder de esta verdad, de manera de manifestar un carácter de discípulos más sano y vigoroso, en estos días en que tantos cristianos, lamentablemente, tienen sus pensamientos en las cosas terrenales!

Concluiremos este breve e imperfecto esbozo de un tema tan amplio e importante, con algunas palabras sobre la esperanza del cristiano.

### 3. La esperanza del cristiano

Este tercer y último punto se presenta en nuestro capítulo de una manera tan característica como los otros dos. La posición del cristiano es ser hallado en Cristo; el objeto del cristiano es conocer a Cristo, y su esperanza es ser semejante a Cristo. ¡Cuán admirablemente perfecto es el lazo que existe entre estas tres cosas! Desde el momento que me hallo en Cristo como mi justicia, anhelo conocerle como mi objeto, y cuanto más le conozco, tanto más ardientemente deseo ser semejante a él, esperanza que sólo puede concretarse cuando le vea tal como él es. Al poseer una justicia perfecta y un objeto perfecto, sólo anhelo una cosa más, a saber: acabar con todo lo que me impida gozar plenamente de este objeto. “Mas nuestra ciudadanía [1] está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21).

Y ahora, al reunir estos pensamientos, tenemos un cuadro completo del cristianismo. No hemos procurado desarrollar aquí ninguno de estos tres puntos mencionados; porque, bien podemos decir, cada uno de ellos requeriría un volumen. El lector haría bien en continuar por sí solo con este admirable estudio. Que para ello se eleve por encima de las imperfecciones y de las inconsecuencias de los cristianos, para contemplar la grandeza moral del cristianismo, tal como este capítulo nos lo muestra en la vida y el carácter de Pablo; y que el lenguaje de su corazón sea: «Que otros hagan como quieran; en cuanto a mí, nada menos que este precioso modelo podrá satisfacer mi corazón; además, quiero quitar mi mirada de los hombres, para fijarla solamente en Cristo, y hallar todo mi gozo en él como mi justicia, mi objeto y mi esperanza.» ¡Que así sea para el escritor y para el lector, por amor a Jesús!

[1] N. del T.— El término griego que aparece aquí es *politeuma*, que significa la condición y derechos de ciudadano, como también la conducta política de un ciudadano.

## **Vivir para Cristo**

La lectura de estos versículos nos sugiere pensamientos muy simples, pero a la vez de mucho peso para nuestra vida, y nos conduce a formularnos una importante pregunta: ¿Para quién vivimos? El versículo 15 del capítulo citado, dice: “Y por todos murió, para que los que viven (es decir, los creyentes), ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Todos estaban muertos, tanto los creyentes como los incrédulos; frente a Dios, todos los hombres estaban arruinados y perdidos. La muerte de Cristo por todos, prueba que, ante Dios, todos estaban perdidos y sin vida. Fue necesario que el Hijo de Dios, quien es la vida eterna, hallase el sufrimiento y la muerte como única parte suya en este mundo.

De manera irreparable, todo estaba muerto, y Su muerte era la única puerta que podía abrirse para librarnos de la muerte. “Por todos murió.” El texto no dice: «Para que todos vivan», aunque ciertamente en Cristo se halla abundante vida, vida eterna para todas las almas; pero él no fue recibido, nadie lo deseaba. En consecuencia, obró la gracia y muchos, aunque no todos, lo recibieron. Por eso el texto añade: “Para que los que viven”, es decir, aquellos que creen en Él y por ello tienen la vida, “ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”

Día tras día, en todas nuestras circunstancias, se nos presenta la pregunta: ¿Vivimos para nosotros mismos o para Aquel que murió y resucitó por nosotros? ¿No tenemos que reconocer, con humillación, que es preciso juzgarnos constantemente al respecto? ¿Cuántas veces por no decir casi siempre el primer impulso de nuestro corazón nos lleva a considerar las cosas según nuestro agrado o nuestras conveniencias, o aun de acuerdo con la importancia que nos atribuimos? ¿Qué significa eso, sino vivir para nosotros mismos?

Cuando se nos presenta alguna inquietud, cuando nos enfrentamos a un mal, a una pérdida que queremos evitar o a una ganancia que deseamos obtener, ¿no experimentamos que nuestra tendencia es pensar en el efecto que tales cosas ejercerán sobre nosotros, e intentar dirigir las circunstancias hacia uno u otro lado para poder ganar una ventaja y obtener tal ganancia? No digo que siempre lo intentemos con el fin de sentir una satisfacción personal, sino que podríamos hacerlo pensando en nuestra familia, en el futuro de nuestros hijos, etc. Por cierto, que Dios no quiere que descuidemos el bienestar de aquellos que nos son amados y que dependen de nosotros; pero el asunto es saber si confiamos en nosotros mismos o en Cristo. ¿Somos jueces idóneos para saber qué es lo mejor para nuestros hijos? ¿Somos lo suficientemente sabios para decidir sin prejuicios lo que servirá, no para obtener un beneficio pasajero, sino para disfrutar del bien que permanece para siempre?

Los creyentes tenemos dos naturalezas: una que siempre procura agradarse o exaltarse a sí misma, y otra que, por la gracia de Dios, está dispuesta a sufrir por Cristo y se apega a lo que le pertenece a Él. Pero, tal como el apóstol dice en otra parte, “lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual” (1.<sup>a</sup> Corintios 15:46). Esto es precisamente lo que experimentamos en la práctica. El primer pensamiento que surge frente a la prueba y la dificultad es el que proviene del hombre natural, quien se expresa así: «¿Cómo saldré de esto?» La vieja naturaleza nunca dirá: «¿Cómo podré glorificar a Dios y hacer que esta

circunstancia redunde en gloria para Cristo?» Incluso si vislumbramos alguna perspectiva que nos permita mejorar nuestras circunstancias, lo primero que aparece es el pensamiento del hombre natural. ¿No deberíamos mantenernos en guardia frente a esto? ¿No deberíamos recordar que siempre nos acecha este gran peligro?

Todos nosotros somos probados de muy diferente manera; lo que significa una satisfacción para uno, puede no serlo para otro. Pero existe un peligro que es igual para todos: tenemos una vieja naturaleza que se ama a sí misma, que procura satisfacerse y, por lo tanto, tenemos la tendencia de ceder a los deseos de tal naturaleza, según el primer pensamiento que brota del corazón. Pero permitamos que únicamente Cristo sea el objeto de nuestras almas. Cuando se presente alguna dificultad o algún placer dañino que nos atrae, pensemos detenidamente en Él. ¿Cuál será el resultado de esta actitud? Desaparecerá todo lo que proviene de nuestro hombre natural, pues lo habremos juzgado. Entonces estaremos en condiciones de decir: «Esto no glorifica a Cristo.» Y, ¿para qué estamos en este mundo sino para glorificar al Señor?

Recordemos que Dios ha obrado en todo a fin de hacernos aptos para estar en su presencia: “Nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12). Éste es un hecho inalterable. Pero, conociendo la perfecta bondad manifestada por nuestro Dios y Padre, la cuestión práctica que se plantea a nuestra alma es saber si nuestro corazón permanece aferrado al gran hecho de que Él coloca a Cristo, muerto y resucitado, ante nosotros, a fin de que ante los ángeles así como ante los hombres, y en Su propia presencia, se vea un maravilloso espectáculo: el que ofrecen aquellos seres que antes vivían sólo para sí mismos, pero que ahora son elevados por encima de toda circunstancia mediante la persona de Cristo colocado ante sus corazones.

Que este gran hecho mantenga todo su valor en nosotros, cualesquiera que sean las circunstancias que atravesemos día tras día. Esto reviste inmensa importancia en el andar de cada creyente. Hay otras grandes cosas que tienen relación con la Iglesia y que son grandiosas porque están edificadas sobre Cristo, quien debe ser el objeto de cada individuo que compone la Iglesia. No nos engañemos a nosotros mismos, ningún formalismo puede corregir las faltas que provienen del corazón natural ¡No dejemos de sondearnos para ver si vivimos para nosotros mismos o para Aquel que murió y resucitó por nosotros!

Autor: W.J.H.

## **La importancia de la Palabra profética**

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiéndo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2.<sup>a</sup> Pedro 1: 16-21).

En este breve y conocido pasaje hallamos cuatro puntos acerca de la palabra profética:

1. En primer lugar, nos lleva a considerar el carácter divino de la profecía.
2. En segundo lugar, hallamos el objeto divino de la profecía.
3. En tercer lugar, observamos la finalidad de la profecía.
4. Por último, el pasaje nos muestra cómo comprender rectamente la profecía.

Quizás haya aquí muchos jóvenes creyentes que se estén preguntando: ¿Por qué Dios ha incluido tanta profecía en la Biblia? Pues casi una cuarta parte de las Escrituras está ocupada por la profecía.

En la porción que acabamos de leer, 2.<sup>a</sup> Pedro 1: 16-21, encontramos información primordial al respecto; quizá no sea demasiada información, ipero sí es una información muy importante! Este pasaje ilumina nuestro entendimiento en cuanto a la importancia de la profecía. Y además creo, queridos amigos, que la profecía es un tema maravilloso.

### 1. El carácter de la profecía

Lo primero que expresa Pedro es un enunciado negativo: "Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas..."

Recuerdo haber leído, siendo joven, el comentario de un teólogo racionalista que al opinar acerca de algunas partes proféticas de las Escrituras afirmaba: «¡Todo esto es fantasía!» Ese era su juicio acerca de la profecía: puras fantasías. Pero el apóstol Pedro dice: «No, esto no es fantasía. No hemos estado siguiendo fábulas artificiosas -pues si la profecía fuera fantasía entonces sí sería una fábula artificiosa». Por el contrario, el apóstol

afirma: «Nosotros hemos visto con nuestros propios ojos el objeto de la palabra profética». Pues bien, cuando se trata de informar acerca de ciertos eventos, nada hay más importante que el testimonio de alguien que los haya visto, y tal era el caso de Pedro. Como también fue el caso de los doce apóstoles que de la misma manera habían visto aquello acerca de lo cual podían testificar. En su primera epístola, el apóstol Juan se refiere a los doce apóstoles y a su testimonio: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida..." (1.<sup>a</sup> Juan 1:1). También deben leerse los versículos 2 y 3.

Sabemos muy bien que Satanás trató de eliminar a aquellos importantes testigos. Leemos en el primer versículo del capítulo 12 de los Hechos de los Apóstoles: "En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan. Y viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro". Juan, Jacobo y Pedro eran los tres testigos que el mismo Pedro tenía en mente, pues ellos habían estado juntos en el monte santo, el monte de la transfiguración. Estos tres discípulos eran los testigos que Satanás estaba tratando de eliminar, a fin de que no hubiera más ningún testimonio divino y perfecto que pudiera ser rendido a favor del objeto de la palabra profética, y este es el punto que tenemos ante nosotros. Lo que Pedro indudablemente cita es la transfiguración en el monte, mencionada en los pasajes de Mateo 17, Marcos 9 y Lucas 9.

## 2. El objeto de la profecía

Consideremos ahora el capítulo 17 del evangelio según Mateo. Sólo para recordar a qué se está refiriendo Pedro, comencemos desde el último versículo del capítulo 16: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino. Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo"

Este breve episodio de la vida del Señor, bien conocido por nosotros, nos brinda en pocas palabras el alcance y el objeto de la profecía. En este pasaje observamos al Señor presentado en gloria, el objeto de toda la profecía. El propósito de Dios para con su amado Hijo, en quien siempre halló su delicia, es, principalmente, que Aquel que había sido despreciado en esta tierra y crucificado por los hombres, sea reconocido por sus criaturas como el Hombre glorificado. Esto resulta contrario a lo que sucedió cuando Él vino hasta aquí por primera vez. Pero cuando el Señor venga por segunda vez -no a arrebatarse a sus santos, pues no es el tema que tratamos aquí- para aparecer públicamente aquí en la tierra, toda rodilla se doblará y todos le reconocerán como el Señor de señores y el Rey de reyes,

de manera que el Señor será glorificado aquí en la tierra como Hombre y Cabeza de toda la creación. Éste es el propósito de Dios al que apunta toda la profecía.

Un objeto verdaderamente maravilloso, que nos muestra un consejo eterno de Dios en el que amamos pensar, y del cual por el momento sólo tenemos una insinuación: "la estrella resplandeciente de la mañana". Pero, además, Dios tiene un plan para el mundo en el cual vivimos, el que ahora se caracteriza por su enemistad contra Dios. Este mundo deberá sujetarse a su Hijo amado, pues el Señor en gloria será el centro de la creación. De esta manera Dios pondrá fin a la Historia. El hombre puede tener sus ideas propias con respecto al pasado y al futuro, pero son los pensamientos de Dios los que siempre prevalecerán. Al finalizar la Historia del universo, el Señor será reconocido como el centro de todo lo creado, como el Hombre glorificado.

Cuando el Señor vino a la tierra la primera vez, fue visto de una manera totalmente opuesta a lo que acabamos de decir. Él no vino como Rey, sino que tomó la forma de siervo; no vino a gobernar, sino a obedecer; los hombres no lo aclamaron como el verdadero Rey, pero sí tuvieron la ocasión de utilizar su título de Rey de los judíos para ridiculizarlo, y nada menos que en la cruz. El Señor murió despreciado y rechazado por los hombres, quienes no querían saber nada de Él. De esta manera Dios cumplía su consejo eterno de salvación y bendición para los pecadores perdidos.

Sin embargo, por medio de la palabra profética del Antiguo Testamento, Dios había hablado de los gloriosos días que los discípulos estaban esperando. "Nosotros lo hemos dejado todo" -le decían ellos al Señor- "¿qué pues, tendremos" (Mateo 19:27). Dios responde a fin de fortalecer por un lado la fe de estos pobres discípulos y por el otro al Señor Jesús como Hombre, y para esto exhibe al Señor mismo como centro en gloria de la creación. Este es el motivo por el cual el Señor les decía a los discípulos: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mateo 16:28). Pues bien, el capítulo 17 muestra el cumplimiento de esta promesa. Tres de estos discípulos, Santiago, Juan y Pedro no morirían sin ver al Señor en gloria. Lo exhibido en este capítulo puede considerarse como una visión en miniatura del Milenio.

Es justamente a lo que se está refiriendo el apóstol Pedro. Él había estado allí, pues, como testigo. Dios había dado la visión al Señor Jesús y a los tres testigos elegidos en el monte llamado en nuestro capítulo "un monte alto" (no sabemos qué monte era; la tradición cristiana afirma que se trataba del monte Tabor, pero nadie puede confirmarlo). ¿Y qué fue lo que había sucedido? El Señor había sido transfigurado, sus vestimentas se habían hecho blancas como la luz y su apariencia totalmente cambiada, revestida con gloria celestial. Este era el hecho más importante, la exhibición del Hombre glorificado. Dios mostraba aquí abajo, aun a estos débiles discípulos, al Señor tal como está ahora en el cielo: como un Hombre glorificado.

En segundo lugar, debemos considerar que allí también estaban dos hombres del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, hombres de fe, profetas, líderes del pueblo de Israel. Moisés, tipo del Señor Jesús, nuestro Apóstol (con Aaron, tipo del Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Hebreos 3:1), había conducido a Israel fuera de Egipto. Cuando él murió, Dios mismo le dio sepultura y nadie supo hasta el día de hoy dónde se encuentra su tumba. Elías fue otro profeta. En los días de ruina en Israel, cuando todo estaba en

decadencia, él permaneció firme delante del Señor. Este profeta, en cambio, no murió, sino que fue tomado en un torbellino mientras Eliseo lo observaba y clamaba "¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!" (2.º Reyes 2:12). De manera que podemos ver en Moisés un tipo de los creyentes que ya han dormido y en Elías de los creyentes que no morirán porque serán arrebatados vivos y transformados para estar en la presencia del Señor. Pero también observamos un tercer grupo, el de los discípulos que estaban presentes allí observando la gloria del Señor sin estar glorificados, y que representan a los creyentes que estarán sobre la tierra.

Pues bien, queridos amigos, esto es exactamente lo que se verá durante el Milenio. El Cristo glorificado no será más invisible, porque habrá venido desde los cielos en gloria. Antes de esto -no es el objeto de estudio ahora-, el Señor tomará para sí a los creyentes, lo cual es el evento más importante que estamos esperando. Pero el apóstol Pedro está hablando de la aparición o revelación del Señor y el consecuente reinado de mil años junto a los creyentes glorificados. No obstante, habrá creyentes vivos aquí en la tierra durante el Milenio, los cuales están representados por los tres discípulos ya mencionados. Por lo tanto, esta «figura en miniatura» del Milenio es el cumplimiento de lo que el Señor les había dicho a sus discípulos: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mateo 16:28).

Pedro se refiere a este evento en tres términos diferentes. En el versículo 16 él dice:

"Porque no os hemos dado a conocer el poder (1) y la venida (2) de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.

y en el versículo 17:

"Pues (...) él recibió de Dios Padre honra y gloria (3)..."

Debemos considerar también que los tres evangelios que relatan la transfiguración nos ofrecen diferentes aspectos de la misma. Si leemos Marcos 9, hallaremos que el Señor dice en el versículo 1: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder". En Mateo 16, versículo 28, dice así: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino". Por último, leemos en Lucas 9:30 que Moisés y Elías "aparecieron rodeados de gloria". Pedro menciona en su epístola estos tres elementos, el poder, el advenimiento y la gloria del Señor, haciendo una clara referencia a los caracteres presentados en los evangelios sinópticos.

El objeto de la palabra profética es el Señor como Hombre glorificado, como centro de la creación en gobierno y en gloria. No se trata aquí del cielo, ni de la eternidad, ni de la asamblea. Estos no son, hablando estrictamente, los objetos de la profecía, salvo una excepción: la Asamblea sí es mencionada en el libro del Apocalipsis. Por lo tanto, no podríamos decir que ella no tiene un lugar en la palabra profética, pues no sería justo.

Algunas veces, esto ha sido dicho e incluso escrito, pero no es justo en absoluto, porque la Asamblea está vinculada al Hombre glorificado, Cristo, y esto es mencionado muchas veces en la palabra profética, pero sin embargo este no es el objeto de la misma, sino que siempre lo es el Señor Jesús en relación con la creación.

No nos podemos imaginar una escena más hermosa que la del monte de la transfiguración, la cual los discípulos al principio no comprendían. "Hagamos aquí tres enramadas" -decían-, allí donde el Señor era el centro y, por sobre todo, aquello que sería confirmado por una voz que vendría de la magnífica gloria: "Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia" (v. 17).

Esta es la séptima vez que aparece la expresión "Este es mi Hijo amado" o "Tú eres mi Hijo amado" en el Nuevo Testamento. Aparece tres veces en los evangelios sinópticos, cuando se relata el bautismo del Señor Jesús; tres veces en el relato de la transfiguración, y luego Pedro la menciona en su epístola por séptima vez. ¡Todo esto nos habla de un testimonio divinamente perfecto, maravilloso y amoroso a favor de nuestro Señor! Dios el Padre la pronunció dos veces, al principio y casi al final del ministerio del Señor Jesús aquí en la tierra. Pero también tuvo el cuidado de que quedara escrito siete veces en el Nuevo Testamento.

Esto muestra el maravilloso amor del Padre para con el Hijo, y también el amor del Hijo hacia el Padre, porque el Señor Jesús dice, en Juan 14:31, "amo al Padre". Este amor es eternal, y el Señor lo confirma en el mismo evangelio, capítulo 17:24, al decir: "Padre... me has amado desde antes de la fundación del mundo". Se nos concede que podamos echarle un vistazo a una relación eterna que ha sido revelada aquí en el mundo y que también será mostrada en el Milenio, cuando el amado Hijo de Dios será visto como un Hombre glorificado aquí en la tierra, como centro de toda la creación. Él, pues, es el objeto de la profecía.

Alguien puede pensar que nada de esto puede ser hallado en la palabra profética, y en consecuencia preguntarse: «¿Cuántos capítulos hay en los libros proféticos que ni siquiera mencionan el nombre del Señor?» La respuesta es que el Señor en la gloria es el objeto, no el contenido, este es el motivo por el cual no se menciona al Señor en cada versículo. Pero quizá la persona pueda seguir preguntándose: «¿Y qué relación tienen con todo esto los capítulos que hablan acerca de los juicios sobre pueblos y personas?» La razón por la cual todos estos datos aparecen es que están señalando a los eventos preparatorios vinculados al objeto de la profecía. Ya hemos considerado algunos capítulos del libro del Apocalipsis que sólo hablan de los juicios que han de caer sobre la tierra y sobre las naciones, eventos preparatorios para el gran momento mencionado en el capítulo 19, cuando el Señor aparecerá en este mundo montando un caballo blanco como Señor de señores y Rey de reyes para reinar durante mil años, acompañado de sus santos celestiales.

En esta luz podemos comprender más fácilmente toda la palabra profética. No debemos considerar a la Bestia, al Anticristo, etc., aisladamente, como si Dios tuviera el propósito final de instruirnos acerca de ellos. El objetivo de la enseñanza siempre será conducirnos al momento acerca del cual Pedro nos relata en nuestros versículos, y del cual Juan y Santiago podían decir "lo hemos visto". Satanás deseaba destruir este testimonio, por este motivo Santiago fue asesinado por Herodes, sin embargo pudieron permanecer dos testigos. Pedro fue liberado de prisión de una manera maravillosa, pues Dios no deseaba

que este doble testimonio se perdiera. Estos tres hombres, Juan, Pedro y, en su momento, Santiago, fueron sostenidos por lo que habían visto en el monte. Podemos percibir esto en las siguientes palabras: "Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas".

Observemos a la cristiandad que nos rodea y preguntemos acerca de todo esto. Dirán algunos: «¡No, la profecía no existe!». Parece que a algunos les resulta necesario presentar a Isaías aserrado en tres o cuatro partes para eliminar la idea de profecía, porque en la segunda parte de su libro el profeta menciona a un hombre como el Rey Ciro, y parece que ellos también piensan que nadie puede hablar con tanta anticipación de otra persona. «Esto es imposible; la profecía no existe. ¡Son fábulas artificiosas!» -quizá sigan diciendo. Sin embargo, Pedro dice: «No, no hemos seguido fábulas artificiosas, inosotros estábamos allí! Nosotros lo hemos visto y ahora anunciamos esta maravillosa palabra profética». Es el motivo por el cual este breve pasaje tiene tanto peso.

Y estoy seguro que aquella voz que había sido enviada desde "la magnífica gloria", y que ellos habían oído cuando estaban "con él en el monte santo", los sostuvo durante el resto de sus vidas, en medio de las tribulaciones, en todas las persecuciones que tuvieron que soportar, pues ellos habían contemplado lo que Dios había prometido.

### 3. La finalidad de la profecía

Ya hemos considerado el carácter de la profecía en el versículo 16 y el objeto de la misma en los versículos 17 y 18, ahora abordamos lo que concierne a su finalidad. Dios tiene una intención por la cual nos da la palabra profética, leamos el versículo 19: "Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones". Aquí hallamos dos razones por las cuales Dios nos da la palabra profética. La primera es que Dios conoce, desde el principio, todo lo que sucederá hasta el final. En esto no necesitamos ser instruidos, pues todo alcanzará su cumplimiento aun cuando nosotros no fuéramos informados. Por lo tanto, hay algo más aquí, algo que es mucho más personal. Dios nos explica porqué nos ha dado la palabra profética anticipadamente. Él no necesitaba hacer esto. Bastaba con que Él nos dijera: «Esperad la venida del Señor», ¡y conocer sólo esto hubiera sido maravilloso! Pero no, Dios nos ha dado la palabra profética, la cual, como hemos visto, abarca gran parte de las Escrituras. En nuestro pasaje hallamos el porqué de esta decisión de Dios.

La palabra profética es una lámpara que brilla en un lugar oscuro. Y nosotros ciertamente nos encontramos en un lugar oscuro. Todo aquel que aún no se haya convertido, que todavía no haya conocido al Señor Jesús como su Salvador personal, todavía está en tinieblas. La oscuridad implica estar lejos de Dios y no conocerle. Dios es luz en sí mismo (1.<sup>a</sup> Juan 1:5) y se halla en luz inaccesible (1.<sup>a</sup> Timoteo 6:16). Pero Él ha alargado su mano al enviarnos a su Hijo para librarnos de las tinieblas. ¿Se encuentra alguien aquí, hombre o mujer, que no es aún "luz en el Señor"? ¡Pues yo lo animo a ir a Él! Si esta persona se preguntara ¿cómo puedo hacer esto?, pues entonces yo le diría que la respuesta es muy simple. En el evangelio hallamos un relato acerca de un hombre que fue al templo y se detuvo lejos, con la cabeza inclinada, y que golpeando su pecho decía: "Dios,

sé propicio a mí, pecador" (Lucas 18: 9-14). ¡Esto es suficiente, no hace falta hacer otra cosa! Usted no necesita llevar a cabo prácticas religiosas ni alguna otra cosa, sino reconocer que es un pecador y aceptar que el Señor Jesús murió por usted para limpiarlo de sus pecados.

Debemos tener cuidado de no tratar de interpretar las Escrituras mediante los eventos históricos; esto sería el otro extremo. Es la palabra profética la que explica qué es lo que está sucediendo. Por ejemplo, muchos cristianos han tratado de probar que tal o cual persona era el Anticristo, pero Pablo afirmaba simplemente que el Anticristo aún no podía venir. Si no aplicamos rectamente la palabra profética, podemos comenzar a fantasear. En la segunda epístola a los Tesalonicenses, capítulo 2, dice claramente que el Anticristo no podrá venir antes de que los santos sean arrebatados. A pesar de este simple testimonio, creo que no han sido pocos los que han afirmado, incluso en nuestros días, haber visto al Anticristo. Ellos no han sabido utilizar correctamente la palabra profética como una lámpara que brilla en el lugar oscuro.

Podemos citar más ejemplos. Pensemos en el retorno de Israel después de más de dos mil años de no tener independencia como nación. En el país de Israel siempre ha habido judíos, pero como nación ellos han dejado de existir desde hace mucho tiempo. Sin embargo, Dios declaró que ellos retornarían a su país y anunció muchas otras cosas que aún no han alcanzado su cumplimiento. Deberíamos ser muy cuidadosos para no dejarnos arrastrar por una «israel-manía» totalmente fuera de lugar. Pero sí debemos saber que Dios había anunciado que su pueblo retornaría a su antigua nación incluso antes de que ellos entraran al país por primera vez (Deuteronomio capítulos 28-30). Dios había dicho que Él mismo introduciría al pueblo en la tierra, y que debido a la infidelidad de dicho pueblo, los israelitas serían dispersados de Canaan, para ser traídos nuevamente a su tierra hacia el final. Pero, Dios agrega que ellos debían arrepentirse, y esto es lo que nunca han hecho hasta el día de hoy. Acerca de este tema, el profeta Ezequiel habla en el capítulo 37 de su libro, donde menciona la visión de un valle lleno de huesos muertos que se juntan y se cubren de carne y piel, pero que no tienen hálito de vida en ellos. Este estado también está descrito en Isaías 18, donde Dios es visto quieto y mirando desde su morada al pueblo que está viniendo de todas partes del mundo, pero entonces se produce la tribulación.

La palabra profética alumbra en el lugar oscuro, mostrando así su origen divino. Por ejemplo, si usted menciona al pueblo de Israel, recibirá gran cantidad de comentarios, pero casi nunca lo que ha sido dicho por la palabra profética. ¿Por qué en nuestro mundo civilizado hay tanta gente antisemita? La respuesta es: a causa de la Biblia. Los judíos constituyen la prueba viva de la verdad que presenta la Biblia. Cierta militar creyente utilizó esta prueba ante Federico el Grande, rey de Prusia, agnóstico y amigo de Voltaire, el gran engañador. Federico le había desafiado diciéndole lo siguiente: «¡Defiende, si puedes, al cristianismo con una sola palabra! ¿Sabe qué contestó este general nacido de nuevo?: «¡Sí señor: Israel!» La supervivencia y el retorno de Israel como nación es una prueba de la verdad bíblica. Este es el motivo por el cual hay tanto antisemitismo en el mundo entero. Satanás dice: «si puedo destruir a este pueblo (como trató de destruir a Jesús y a sus testigos), puedo probar que lo que dice la Biblia no es verdad» Este es, a mi juicio, la única razón para que haya antisemitismo. Satanás, el oponente de Dios, se opone también a Su pueblo terrenal. Consideremos ahora qué sucede en un círculo que nos resulta más familiar: si nosotros, cristianos, damos un claro testimonio para nuestro Señor, entonces

también nos encontraremos con la oposición de Satanás. En cambio, si nos adaptamos al mundo, inuestro testimonio queda arruinado y Satanás satisfecho! Jóvenes, Satanás tiene un plan para nuestros días, eliminar el poder de nuestro testimonio a favor del Señor. Y en dicho plan incluye que en el mundo actual haya musulmanes, budistas, cristianos, incluso que se nombre a Jesús... todo esto no le molesta, siempre y cuando ninguno de nosotros trate de luchar verdaderamente por el Señor Jesús. Si esto sucede entonces Satanás se levantará contra nosotros. Su gran objetivo en estos tiempos es lograr que nos hagamos mundanos y que nuestro testimonio quede arruinado, de manera que nuestra luz no brille más. Pero, para volver a tomar la lámpara de la palabra profética, con la cual podemos alumbrar alrededor de nosotros, hay otra luz, mucho más gloriosa, la luz de la Estrella de la mañana. En esto podemos ver la relación que existe entre la palabra profética y el llamamiento celestial de la Iglesia, y divisar cuál es nuestra verdadera esperanza. Nuestra esperanza, como cristianos, no es primordialmente lo que estamos considerando aquí esta noche, el cumplimiento de la palabra profética en este mundo. Nuestra esperanza está en los cielos, tal como lo expresan las siguientes palabras: "...hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones".

Este día que ha de amanecer no es el día del Señor, en el que Él aparecerá como el "Sol de justicia... (que) en sus alas traerá salvación" (Malaquías 4), en el que gobernará como el Rey de reyes. Aquí se trata del amanecer de la verdad en nuestros corazones, el amanecer del verdadero cristianismo. El lucero de la mañana es mencionado también en el último capítulo del Apocalipsis: "Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana" (22:16).

El lucero de la mañana aparece antes de que salga el sol. El día es el día del Señor, que comprende un período que va desde su aparición en este mundo hasta el fin del Milenio. Al principio, el Señor aparecerá en gloria como el "Sol de justicia", pero antes de que el día comience, nosotros seremos arrebatados al cielo. Por esto el Señor no es presentado en nuestro pasaje como el Sol (lo cual representa su majestad como Hombre glorificado, cf. Mateo 17:2; Apocalipsis 1:16), sino como la estrella resplandeciente de la mañana. Para nosotros ahora es de noche, estamos rodeados por las tinieblas del mundo. Sabemos que la palabra profética será completada cuando el Señor aparezca aquí; pero también sabemos que Él vendrá antes como la estrella resplandeciente a fin de quitarnos de este mundo y unirnos con Él para siempre, para llevarnos a la casa del Padre. Notemos, sin embargo, que no sólo dice "hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga...", sino que agrega "en vuestros corazones". ¿Qué significan estas últimas palabras? Que la esperanza de la venida del Señor es para nosotros un motivo que nos fortalece y anima.

Si en estos días, en los que hemos asistido a estas conferencias dedicadas al estudio de la palabra profética, todos nosotros hemos sido conducidos a esperar con más fervor al Señor como la estrella de la mañana, entonces el objetivo de dicha palabra profética para nuestra vida personal y práctica se ha cumplido. Este es el objetivo de la profecía.

#### 4. La profecía debe ser comprendida rectamente

Finalmente, debemos saber cómo comprender la palabra profética. Por medio de los versículos 20 y 21 de nuestro pasaje recibimos la siguiente instrucción: "...entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada". Dicho de manera más simple, esto significa que nosotros nunca podremos explicar un pasaje de la palabra profética, ni de toda la Palabra de Dios, tomando al mismo pasaje como fuente de la explicación, es decir, considerándolo aisladamente del resto de las Escrituras. Las Escrituras siempre se explican por las Escrituras. Esta enseñanza encuadra en el marco de lo que el apóstol Pablo le escribe a Timoteo: "Retén la forma (lit. bosquejo) de las sanas palabras" (2.<sup>a</sup> Timoteo 1:13). A veces podemos pensar que seguramente alguien elaboró algún bosquejo acerca de la profecía, pero el problema es dónde lo podemos hallar. Si observamos los comentarios cristianos, encontraremos muchos esbozos o resúmenes acerca de la profecía, pero la mayoría de ellos no están en concordancia con el espíritu de la profecía e incluso suelen contradecirse entre sí. Pero sí disponemos de una "forma (o bosquejo) de las sanas palabras", lo cual nos resulta indispensable para aplicarlo también a la profecía. A esto se refiere el versículo 20.

El versículo 21 continúa: "...porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". Mientras que en el versículo 16 habíamos visto el punto de vista humano: "...no... siguiendo fábulas artificiosas", ahora vemos el lado divino de la palabra profética. Lo que es dicho aquí puede aplicarse a todo el Antiguo Testamento, y a toda la Palabra de Dios. Los cinco libros de Moisés tienen carácter profético, pues Moisés mismo se menciona como profeta en Deuteronomio 18:15: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo...". Con excepción del libro de Rut, los judíos han mencionado siempre a los libros comprendidos entre el de Josué y el de Segundo de Reyes como de "Los antiguos profetas", mientras que a los comúnmente llamados libros proféticos (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores) ellos siempre los han denominado "Los últimos profetas". Los Salmos también han sido nombrados como proféticos por el Señor Jesús mismo, como por ejemplo cuando Él dice en Mateo 13:35: "Para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Abriré en parábolas mi boca...", lo cual es una cita del Salmo 78:2, y al que podríamos agregar muchos otros pasajes. Y casi toda la tipología del Antiguo Testamento, ¿acaso no es, en alguna medida, profecía?

Hemos aprendido que la profecía "nunca fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". Este es uno de los pasajes que se refieren a la inspiración de la Palabra de Dios. Los hombres que escribieron los libros de la Biblia eran santos hombres de Dios, reconocidos por Él mismo como Sus instrumentos. Moisés fue uno de estos hombres de Dios (Salmo 90:1), como así también Elías, quien podía decir: "Dios... en cuya presencia estoy" (1.<sup>o</sup> Reyes 17:1). Ellos permanecían ante Dios, concientes del hecho de que Él los observaba constantemente. "Santos hombres de Dios", tal es el carácter de aquellos que escribieron los libros del Antiguo Testamento, y también los del Nuevo. Pero esto no es todo. Aun cuando los creyentes del Antiguo Testamento no tenían el Espíritu Santo como lo tenemos nosotros, sin embargo, estos santos escritores eran guiados por Él. Ellos escribían en el poder del Espíritu Santo. De manera que no escribían el producto de ideas humanas, sino las cosas que les habían sido dadas por el poder del Espíritu.

No hay muchos pasajes que se refieran a la inspiración. Pero podemos citar 2.<sup>a</sup> Timoteo 3:16, en el cual Pablo no menciona a los escritores sino a los escritos: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar..." En lugar de decir «inspiración divina», podríamos decir también «alentado por Dios» o «alentado por el Espíritu Santo», porque «aliento» y «espíritu» es la misma palabra tanto en hebreo como en griego. Pablo está hablando de los resultados de esta inspiración. En la epístola de Pedro observamos a las personas, a los instrumentos de la inspiración, guiados por el Espíritu; mientras que en 2.<sup>a</sup> Timoteo el resultado de dicha inspiración divina.

Sin entrar en muchos detalles, debemos citar un pasaje más, en el cual Pablo va un paso más allá. En 1.<sup>o</sup> Corintios 2:9, él habla acerca de las "cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu", y luego, en el versículo 13: "...lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual". Es cierto que Pablo está hablando de su ministerio oral, sin embargo él lo ejercía como un instrumento inspirado. Actualmente nadie podría decir o escribir palabras como las de Pablo que hemos leído. Él era un instrumento inspirado por Dios, por quien nosotros hemos recibido nuevas comunicaciones, verdades que nunca antes habían sido conocidas, las cuales "ojo no vio", pero que han sido reveladas para nosotros por Dios, quien utilizó a Pablo como principal instrumento. Pablo (1) recibió estas palabras de Dios por su Espíritu (2) a fin de comunicárnoslas a nosotros (3) en palabras enseñadas por el mismo Espíritu. Esto es inspiración verbal. Hay muchos ataques en contra de la inspiración verbal. Pero como hemos visto, no sólo las personas han sido inspiradas (2.<sup>a</sup> Pedro 1) ni los escritos como un todo (2.<sup>a</sup> Timoteo 3), sino que el Espíritu ha dado las palabras exactas, a fin de que lo espiritual fuera acomodado por lo espiritual.

A fin de tener un simple pero instructivo ejemplo, tomemos la palabra amor. En el uso que se le da en el mundo, esta palabra connota algo que está muy por debajo del amor de Dios. En la época del Nuevo Testamento, cuando el amor de Dios había sido completamente revelado en Cristo, las palabras griegas que indicaban amor habían sido pervertidas de tal manera, y estaban tan por debajo incluso del ideal de creación, que Dios tuvo que tomar una palabra, por decirlo así, de un altillo. Esta palabra es agape, cuyo significado es muy difícil de especificar y que en aquel entonces era poco utilizada. Las palabras que sí se utilizaban en aquel momento eran eros y philia. Eros (erótico) ni siquiera aparece en el Nuevo Testamento. Sin embargo, philia (amistad) sí es utilizada. Pero agape, la palabra sacada del altillo, vino a ser la palabra importante. Tengo la firme convicción de que Dios utilizó esta palabra, que no había sido corrompida ni ensuciada por el pecado, para llenarla con un significado que hasta ese momento no existía. También podríamos agregar otros ejemplos, como la palabra griega para altar, bomos, que sólo aparece una vez, señalando un altar pagano, en Hechos 17:23, mientras que en el resto del Nuevo Testamento es utilizada una palabra muy especial, que en realidad significa el lugar del sacrificio (thusiasterion, de thusia 'sacrificio'). Estos pocos ejemplos nos muestran suficientemente el carácter y el significado espiritual de las palabras que Dios utilizó para comunicarnos las cosas espirituales, y al mismo tiempo indican la inspiración verbal de la Palabra de Dios.

Quiera el Señor que, durante los siguientes días de conferencia, en los cuales nos ocuparemos de la palabra profética en el libro del Apocalipsis, nos sintamos sobrecogidos y con profunda reverencia hacia su Palabra, a fin de que podamos ser fortalecidos en la fe y ampliar nuestros conocimientos acerca de tan complejo tema. Pero lo más importante es que no perdamos de vista que el Señor Jesús, el amado Hijo de Dios, ocupa el centro de todos sus caminos. Durante el reinado de mil años, aun cuando haya sido despreciado en este mundo, Él aparecerá nuevamente coronado de honor y gloria como centro de adoración, la cual Él es digno de recibir.

Autor: A.R.

## **Riquezas Inescrutables**

### **Cristo nuestro Redentor**

Es sólo al considerar cada aspecto en el que Cristo nos es presentado en las Escrituras que podemos ser capacitados en alguna medida a asimilar lo que Él es para y por nosotros, así como la plenitud de la verdad de nuestra salvación. Hemos contemplado a Cristo como nuestro Salvador, y podría parecerles a algunos como si este título incluyera también lo que Él es como nuestro Redentor; pero veremos, al seguir este tema, que somos llevados a nuevos aspectos tanto de Su obra como de nuestra condición.

De hecho, Él en realidad consumó la redención antes que pudiera ser presentado como Salvador; porque Él puede salvar sólo sobre la base de Su obra consumada. Por ello, desde el lado de Dios la redención precede a la salvación; pero aquí estamos hablando más bien del orden en que Cristo es percibido en el alma.

Cosa a destacar, Él nunca recibe este título con estas mismas palabras en el Nuevo Testamento. De Él se dice que nos ha redimido; y se nos dice que tenemos redención en Él, por medio de Su sangre, etc., pero nunca es llamado nuestro Redentor. En cambio, en el Antiguo Testamento este título aparece con frecuencia (véase Job 19:25; Sal 19:14; 78:35; Is 41:14; 43:14; 44:6; 47:4; 49:26, etc.). Pero el hecho de que Cristo nos ha redimido, y que es por ello nuestro Redentor, se encuentra en cada libro de las Escrituras del Nuevo Testamento; y los ancianos en el cielo, al contemplar al Cordero tomando el libro de los consejos de Dios, cantan un nuevo cántico, diciendo: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, y lengua, y pueblo, y nación», etc. (Ap. 5:9). Así, en cada dispensación Dios ha sido Redentor; y por ello no hay tema más digno de nuestra meditación.

En las Escrituras hebreas hay dos palabras que se emplean con frecuencia para expresar la verdad de la redención. La primera significa «rescatar», «redimir mediante el pago de un rescate» (gâal), y la otra, «desatar» (pâdâh), y por ello empleada en un sentido muy similar a la primera, aunque su sentido primario sea «desatar». En el Nuevo Testamento tenemos sólo una palabra (lutroô), pero incluye el significado de ambas palabras hebreas, esto es, liberar contra la recepción de un rescate. Así, hay dos conceptos en la palabra «redención», el pago del rescate, y la consiguiente liberación; nuestra puesta en libertad, y el estado al que somos introducidos como resultado de haber sido redimidos.

Así, antes que estemos en una posición de contemplar a Cristo como nuestro Redentor, tenemos que considerar en primer lugar el estado en que nos encontrábamos, que hizo necesaria Su venida con este carácter. No sólo se trata de que fuéramos pecadores. «Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro 5:12). Así, fue por el pecado que reinó la muerte sobre todo el mundo. Pero había aun más que esto, por terrible que pueda parecer esta afirmación. Por la caída —el pecado del hombre— Satanás había adquirido derechos

sobre el hombre, y retenía el poder de la muerte, blandiéndola, ciertamente, como el justo juicio de Dios (He 2:14). Así, por cuanto todos habían pecado, vino a ser el príncipe del mundo (Jn 12:31; 16:11); el dios de este mundo (2 Co 4:4); manteniendo a todos los hombres cautivos bajo su poder y dominio (Hch 26:18; Col 1:13). Por ello, estábamos en el caso de un cautiverio sin esperanzas, vendidos por nuestro pecado al poder de Satanás, que reinaba sobre nosotros, afligiendo nuestras almas bajo el duro rigor de la esclavitud bajo él. Y éramos tan impotentes como desesperada era nuestra condición; porque habiendo caído por nuestro propio pecado bajo la pena de muerte, y por ello mismo bajo el poder de Satanás, y no teniendo medio alguno de proveer un rescate, nos veíamos encerrados para siempre, a no ser que alguien de fuera, competente para ello y poderoso, interviniera para liberarnos de la cárcel de nuestro cautiverio. Por ello dice San Pablo: «Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia», etc. (Ef 2:1, 2).

Ésta era nuestra condición. Habíamos dejado de responder a las demandas de Dios sobre nosotros, y por ello habíamos caído en la condenación del pecado; y al mismo tiempo habíamos quedado bajo el poder de Satanás, que reinaba sobre nosotros por medio del poder de la muerte que blandía como juicio de Dios sobre nosotros por causa de nuestros pecados. Y fue entonces, cuando no teníamos derecho alguno ante Dios, sino habiendo incurrido en la justa condenación por nuestros pecados, que ÉL, conforme a los consejos de Su gracia, siendo rico en misericordia, en Su amor y compasión, nos redimió —y no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación (1 P 1:18).

Consideraremos ahora de manera más particular el método por medio del cual se logró nuestra redención. Consistió propiamente hablando de dos partes, del precio pagado, y de la liberación efectuada; la satisfacción de las demandas de Dios, y nuestra liberación de manos y del poder de Satanás; y encontraremos estas dos cosas históricamente ilustradas en la redención de Israel.

(1) El precio pagado, o el dinero del rescate. Hablando a los discípulos, nuestro bendito Señor les dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20:28). En otra Escritura leemos que Cristo «se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo» (1 Ti 2:6). Esto es, se dio a Sí mismo a la muerte —correspondiéndose con ello a la otra Escritura citada, «dar su vida». La significación de estas declaraciones será explicada por un pasaje del Antiguo Testamento: «La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona» (Lv 17:11). Por ello, «sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (He 9:22). Fue por ello la sangre de Cristo (porque la vida está en la sangre) lo que constituyó nuestro dinero de rescate: éste fue el precio pagado por nuestra redención. Por ello San Pablo dice: «En quien tenemos redención por su sangre» (Ef 1:7); y San Pedro, en la Escritura que hemos citado antes, que hemos sido redimidos con la preciosa sangre de Cristo. No podemos asombrarnos de que la llame «preciosa», por cuanto valió para dar satisfacción a todas las demandas de un Dios santo sobre nosotros, para que sobre esta base pudiera proclamar el perdón para todos. Porque, en verdad, no sólo dio satisfacción a las demandas de Dios, sino que tan infinito fue su valor que el Señor Jesús, por el

derramamiento de Su sangre, glorificó a Dios en todo lo que Él era —en cada atributo de Su carácter— y así Él puede de manera justa justificar a todo aquel que cree en Jesús. Más aun, Él se glorifica a Sí mismo, al traer a cada creyente a Sí mismo, haciendo de él Su hijo, y si hijo, heredero, heredero de Dios y coheredero con Cristo (Ro 8:17).

Por ello, la sangre de Cristo es el dinero de la redención, y por ello todo el que está bajo su protección está salvo para siempre del juicio. Esto quedó prefigurado en el caso de Israel en Egipto. Cuando Dios estaba a punto de azotar la tierra de Egipto, de pasar a través de ella como Juez, suscitando por ello la cuestión del pecado, Su propio pueblo —Israel— era tan merecedor del golpe del destructor como los egipcios. ¿Cómo, pues, podía ser Israel pasado por alto con la misma justicia con la que Egipto era justamente juzgado? En uno de Sus mensajes a Faraón, Él dice: «Y Yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo» (Éx 8:23); y esto fue hecho de una manera notable cuando, por orden de Jehová, «Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir» (Éx 12:21-23). Así, el Señor redimió a Su pueblo mediante la sangre —figura de la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1:29). Pero observemos esta importante distinción: el mandamiento fue dado a todos que rociaran la sangre —la provisión, por ello, era para todos; pero si el pueblo no llevaba a cabo en obediencia las instrucciones recibidas, no quedarían protegidos. Así que ahora la sangre de Cristo es suficiente para refugiar a todo el mundo; pero a no ser que haya fe, de nada servirá. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel [y sólo aquel] que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn 3:16). «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Ro 3:25).

(2) La primera parte de la redención, entonces, fue el pago de la redención; y esto, como hemos visto, fue hecho mediante la sangre de Cristo. Pero Israel no estaba redimido —aunque perfectamente a salvo bajo la protección de la sangre— mientras estuviera en Egipto. Por ello, la segunda parte, o consumación de la redención, fue llevada a cabo cuando Dios, con mano alzada y brazo extendido, los sacó de la tierra de Egipto a través del Mar Rojo, destruyendo a Faraón y a toda su hueste en sus poderosas aguas. Sobre la base de la sangre derramada, Dios, habiendo quedado satisfecho como Juez, puede ahora actuar en favor de Su pueblo como Libertador; y por ello los saca de Egipto con poder. Entonces pudieron cantar, pero no mientras estaban en Egipto: «Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. ... Condujiste con misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada» (Éx 15:1-13). Son ahora, y desde ahora, un pueblo redimido.

Así sucede con los creyentes ahora: no se puede decir que son redimidos hasta que sepan no sólo que están resguardados por la sangre, sino también que han sido sacados limpiamente del territorio enemigo mediante la muerte y el juicio, por la muerte y resurrección de Cristo. En el caso de Israel, por cuanto fue un acontecimiento histórico, el rociamiento de la sangre y el paso del Mar Rojo fueron necesariamente dos etapas sucesivas. Pero ahora se ha llevado a cabo la obra, en la muerte y resurrección de

Jesucristo, que se corresponde con ambas; y aunque en realidad las dos partes —el refugio de la sangre y la liberación— son a menudo sucesivas en nuestro conocimiento, no hay sin embargo razón alguna por la que no se pueda recibir y gozar en el acto de la plenitud de la redención. Y así sería mucho más frecuentemente, si se proclamara más comúnmente un evangelio pleno; mientras que pocas veces se va más allá del perdón de los pecados, y por ello las almas quedan desconocedoras de la salvación que Dios ha obrado para ellas en Cristo.

Pero será oportuno explicar con una mayor extensión cómo nuestra liberación tiene lugar en Cristo. Es por ello de la mayor importancia que sepamos que en la muerte de Cristo no sólo que Dios ha tratado con la cuestión de nuestros pecados —nuestra culpa— sino que también ha tratado con el pecado —nuestra mala naturaleza. «Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne». Así que Él ya ha juzgado el pecado, raíz y rama; y por ello Cristo se enfrentó con todo el poder de Satanás, quebrantándolo en Su muerte (así como Dios quebrantó todo el poder de Egipto —figura del poder de Satanás— en el Mar Rojo). La consecuencia de ello es que, creyendo en Cristo, soy llevado a través de Su muerte fuera de la vieja condición en la que me encontraba (fuera de Egipto), y por Su resurrección soy introducido en un nuevo lugar —un lugar (en Cristo Jesús) no sólo donde no hay condenación, sino donde la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte (Ro 8:1, 2). Consiguientemente, Dios puede decir ahora a los creyentes: «Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros» (Ro 8:9). Por ello, nuestra redención es completa; Dios ha actuado por nosotros —habiendo quedado todas Sus demandas afrontadas y satisfechas por la sangre de Cristo— y nos ha sacado de nuestra vieja condición trayéndonos a Sí mismo. «Nos ha llevado con Su poder a Su santa morada». Ya hemos pasado de muerte a vida, habiendo quedado para siempre detrás de nosotros la muerte y el juicio. Ya no estamos en la carne, contemplados como hijos de Adán, sino que, habiendo muerto con Cristo, queda roto cada lazo que nos ataba a aquel estado, y estamos ahora en Cristo, y en Cristo donde Él está, y consiguientemente un pueblo redimido. Ahora sabemos que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a Su propósito, y teniendo entonces la seguridad de que, según este propósito, debemos ser conformados a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; sabiendo también que a los que Él predestinó, a ellos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó, podemos hacernos eco del triunfante lenguaje del Apóstol: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Sí, podemos reposar en la plena persuasión de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro 8:28-39).

(3) Pero se debe observar una cosa. En tanto que estamos redimidos —en cuanto a nuestras almas de una manera total— tenemos que esperar a la consumación de nuestra redención en cuanto al cuerpo. Sacados de Egipto, y habiendo pasado a través del Mar Rojo, plenamente liberados, y habiendo recibido el Espíritu Santo como las arras de nuestra herencia, esperamos la adopción —la redención de nuestro cuerpo. Porque en verdad seguimos estando en el desierto, y por medio de nuestros cuerpos, atados a una creación gimiente; y por ello nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu,

gemimos también en nosotros mismos, esperando el tiempo en que nuestros cuerpos serán redimidos (Ro 8:23).

«Nuestros vasos terrenos quiébranse,  
Y el mundo mismo envejece;  
Mas Cristo nuestro valioso polvo tomará,  
Y nueva forma le ha de dar.

Él dará a esos cuerpos viles  
Una forma cual la suya,  
Dará sonrisa a la creación entera,  
Y sus gemidos acallará».

«Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra» (Fil 3:20, 21), y entonces veremos lo gloriosamente completa que es la redención que Él ha obrado para Su pueblo, tan completa que nada quedará en manos del enemigo, sino que el espíritu, el alma y el cuerpo a una quedan rescatados y hechos suyos.

Entonces, al contemplar esta obra en toda su extensión, podemos ciertamente reconocer con corazones gozosos que Cristo es nuestro Redentor. Y nunca deberíamos olvidar a qué precio nos ha redimido para Dios. Estamos acostumbrados a decir: con Su sangre. Pero cuán poco comprendemos del alcance de las palabras; cuán poco entramos en el maravilloso hecho de que Él se dio a Sí mismo para morir, yendo bajo toda la ira que nos era debida, fue hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos venir a ser justicia de Dios en Él. De cierto que mientras meditamos acerca de esto, evocará de nuestros corazones el más constante clamor de adoración: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 1:5, 6).(5)

¿Cuáles son, pues, nuestras responsabilidades como pueblo redimido? La primera y principal, el reconocimiento de que pertenecemos a Aquel que nos ha redimido. Esta verdad es constantemente expuesta incluso en las Escrituras del Antiguo Testamento: «Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú» (Is 43:1). Es por ello que el apóstol, como observaremos más a fondo en el capítulo siguiente, se autodesigna tan frecuentemente el esclavo (doulos) de Jesucristo. Porque por cuanto el Señor ha pagado, en Su maravillosa gracia y amor, nuestro dinero de rescate, ha adquirido plenos derechos y título a todo lo que somos y tenemos. Desde entonces somos propiedad Suya. Pero esto involucra un doble aspecto: privilegio y responsabilidad. Tenemos el privilegio de pertenecer a Cristo, de ser Suyos, de estar ligados a Él por especiales vínculos (porque Él amó a la Iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella), y por ello de ser los especiales objetos de Su cuidado, ternura y amor. Ahora decimos: «Mí amado es mío, y yo suya»; más aún, «Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento» (Cnt 2:16; 7:10). ¡Y cuán dulce y bendito el pensamiento de que Él ha adquirido, por un título que nadie puede jamás poner en tela de juicio, la posesión de nosotros! ¡Qué reposo para el alma recordar que somos de Él! En el dolor, en la turbación o en el duelo —en las silenciosas viglias de la noche— ¡qué

solaz indecible poder levantar nuestros ojos a Él, y poderle decir: Tú nos has redimido, y tuyos somos, tuyos para siempre!

Pero el privilegio involucra la responsabilidad de mostrar prácticamente en nuestro caminar y conversación que somos de Él, de vivir no para nosotros, sino para Aquel que murió por nosotros, y resucitó (2 Co 5:15). Porque por nuestra redención somos separados de todos los pueblos de la tierra, y por tanto debemos distinguirnos por el testimonio de nuestras vidas que pertenecemos a nuestro Redentor. Debemos cada uno de nosotros, como delante del Señor, preguntarnos: ¿hasta qué punto es cierto en mi caso? ¿Estamos nosotros separados, como pueblo redimido, de los que están a nuestro alrededor, como lo estaba Israel, por ejemplo, de las tribus que los rodeaban cuando pasaba a través del desierto? Cierto es que en el caso de ellos, hasta esto, se trataba de una separación externa; pero es cosa cierta que esto estaba dispuesto como tipo y figura de una separación más real que la de ellos, más real por cuanto el carácter de nuestra redención es tanto más profundo. Sin embargo, la cuestión es, ¿estamos confesando a diario, con nuestro corazón, vida y labios, que pertenecemos a Cristo?

Y esta cuestión nos lleva a una especial responsabilidad en relación con nuestra redención, como la enuncia el apóstol Pablo. Él les dice a los corintios: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? ... glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo»(6) (1 Co 6:19, 20). Por ello, el Señor demanda nuestros cuerpos, por cuanto nos ha comprado por precio; y es por ello que querría tener nuestros cuerpos como órganos para la expresión de Sí mismo en esta escena. Así, después de la plena declaración de la redención en la Epístola a los Romanos, el apóstol dice: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Ro 12:1). ¡Qué honor que así se nos hace, que tome Él estos cuerpos nuestros, que eran antes instrumentos de Satanás, y que haga de ellos los medios de exhibirse Él mismo, para que Dios sea glorificado! ¡Ah, que poco que sabía Satanás lo que estaba haciendo cuando apremió a los judíos a que dieran muerte a Cristo! Consiguió hacerlo desaparecer de la escena, pero, ¿cuál ha sido la consecuencia? Que hay miles de seguidores de Cristo cuya única misión es que reflejen Su semejanza, que lleven en sus cuerpos la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en sus cuerpos (2 Co 4:10). ¿Cuán lejos estamos de cumplir con nuestra responsabilidad a este respecto? Todos lo reconoceremos; y si lo reconocemos, y al mismo tiempo tenemos que reconocer nuestro fracaso en responder a ello, podemos, y ciertamente lo haremos, echarnos sobre Él para la gracia y fuerza para presentarnos enteramente a Dios como vivos de entre los muertos, y nuestros miembros a Dios como miembros de justicia (Ro 6:13).

San Pablo enseña también que habiendo sido redimidos deberíamos desconocer y rechazar toda autoridad que entre en conflicto con la de Cristo. «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (1 Co 7:23). Difícilmente será necesario decir que esto no significa que no debemos tener amos en este mundo. Por otra parte, Él, por el Espíritu, ha dado instrucciones especiales a los que están así puestos. Pero lo que aquí afirma es la supremacía de la autoridad de Cristo, y que nosotros, por cuanto Él nos ha comprado por precio, le pertenecemos, sea cual sea nuestra situación. «El que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los

hombres» (1 Co 7:22, 23). De la misma manera, apremiando la misma verdad, recuerda en otra epístola a los siervos que «a Cristo el Señor servís» (Col 3:24). Así, sea cual fuere nuestra posición en este mundo, por muy sujeta que pueda ser, nunca debemos olvidar que pertenecemos a Cristo, que Él nos ha comprado con Su sangre; y de ahí que nuestro ojo siempre debe estar sobre Él, porque Él es nuestro Señor, y es a Él a quien servimos.

Otra Escritura nos indicará una responsabilidad adicional. «Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tit 2:14). Ya hemos visto que el Señor nos ha adquirido por redención, y este pensamiento está también expresado en las palabras «purificar para sí un pueblo propio», pero aquí se añaden dos cosas que Él desea que caractericen al pueblo que Él ha redimido. Su objeto era redimirnos de toda iniquidad, tanto de su poder (véase Ro 6:14) como de su práctica, y que fuéramos celosos de buenas obras. Como redimidos, por tanto, deberíamos ser conocidos por nuestra separación del mal, y por nuestra separación para Cristo, señalados como pueblo peculiar—un pueblo peculiar y propio de Él, y conocido por el celo por las buenas obras.

Es bueno que nos juzguemos frecuentemente por esta Escritura, para que podamos detectar nuestros fracasos y descubrir hasta dónde estamos respondiendo a la mente de Cristo acerca de nosotros —Su objetivo en nuestra redención. Y especialmente que podamos aplicar la frase «celosos de buenas obras». Porque mientras que no hay un mayor peligro en el tiempo presente que una actividad excesiva, en la que el alma pierde con frecuencia toda comunión, y por ello mismo todo poder, nunca debería haber descuido acerca de las obras que son conforme a la mente de Dios. En verdad, somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios preparó de antemano, para que en ellas anduviéramos (Ef 2:10). Por ello, somos responsables para ser celosos de tales buenas obras.

Si nos volvemos a 1 Pedro, encontraremos otro carácter de responsabilidad en relación con nuestra redención. «Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P 1:17, 18). San Pedro nos pone así en presencia de Dios Padre, y nos pone allí como peregrinos, para que pasemos el tiempo de nuestra peregrinación en temor, aquel santo temor que surge de Su santidad, según la que nuestras obras son ya ahora juzgadas. Él quisiera tenernos como peregrinos que han sido sacados de Egipto, en nuestro paso por el desierto, para mantener la santidad, para ser santos, por cuanto Dios es santo (v. 16). Porque es para Dios que hemos sido redimidos; y por ello Él demanda que seamos como es digno de Él, de Su carácter, en nuestro caminar y en nuestra forma de vivir. ¡Cuán vigilantes, pues, deberíamos ser, para mantenernos apartados del mal, para caminar como es digno de la vocación con que hemos sido llamados, teniendo delante de nuestros ojos el temor de Dios, sabiendo que Él marca todos nuestros caminos, y que sin santidad nadie verá al Señor (He 12:14).

Finalmente, somos siempre invitados a mirar adelante al día de la redención. Así, se nos dice que el Espíritu que mora en nosotros es «las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida» (Ef 1:14); y otra vez, que no debemos contristar «al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef 4:30).

Es entonces que se entrará en los plenos frutos de la redención, y que se gozará de ellos, cuando el Señor tomará posesión en poder de todo lo que ha sido comprado por Su preciosa sangre. Ya hemos tratado de esto en cuanto al cuerpo. Pero hay más que esto. Tenemos al Espíritu como las arras «de nuestra futura plena participación en la herencia que pertenece a Cristo, por la que Él ha comprado todas las cosas para Sí mismo, pero de las que Él sólo se apropiará con Su poder cuando haya reunido a todos los coherederos para que gocen de ellas con Él». Es a esto que esperamos —no sólo la venida de Cristo, la resurrección de nuestros cuerpos, y nuestra glorificación juntamente con Él, sino aquel tiempo en el que, como coherederos con Él mismo, entraremos con Él en la posesión de toda aquella escena de dominio, bienaventuranza y gloria que Él ha adquirido mediante Su muerte —Su obra de redención—, siendo todo ello comprado por Su preciosa sangre. ¡No podemos asombrarnos de que esta consumación sea para alabanza de la gloria de Dios! Nuestra presente aceptación en el Amado es para la alabanza de la gloria de Su gracia; nuestra parte con Cristo en Su herencia será para alabanza de Su gloria. Pronto entraremos en esta escena de bienaventuranza y exaltación, por la gracia de nuestro Dios. Porque somos herederos por cuanto somos hijos, herederos de Dios, y coherederos con Cristo; y Él está esperando aquel momento en que podrá cumplir el deseo de Su corazón al tenernos consigo mismo, en conformidad a Su propia oración: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Jn 17:24). ¡Quiera Él capacitarnos a caminar ahora como aquellos que están esperando la consumación de tal bienaventuranza!

Notas:

5. No entramos aquí en el aspecto más amplio de la redención. Cristo también gustó la muerte por todos (He 2:9), y por ello mismo todas las cosas quedarán sujetas a Él (Ef 1:10; He 2:8). Se nos dice claramente que Él compró todo el campo (Mt. 13:44), y a todos los hombres (2 P 2:1).

6. No añadido las palabras «y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios», por cuanto carecen de autoridad textual. De hecho, el peso mismo del argumento da evidencia de que son una interpolación injustificada.

Autor: E.D.

## **Información adicional sobre la Revista Cristiana Notas Bíblicas.**

1. Estimado lector y hermanos en Cristo siéntase en la plena libertad de compartir la revista y utilizar los textos como el Señor le presente el deseo de su corazón, si utiliza estos textos para su difusión o reimpresión les regamos que no sean editados en su contenido en ninguna forma (solo a excepción de tener errores de edición) además de contar con la previa aprobación de la Editorial Cristiana Notas Bíblicas o la fuente original del texto, todo esto llevara a una conducta cristiana genuina para la honra del Señor y el servicio a Él.
2. Todos los escritos que se encuentran publicados en la revista carecen totalmente de derechos de autor por la editorial Cristiana Notas Bíblicas y donde posean derechos de autor será indicado al pie de página (página del texto).
3. Los escritos publicados en la revista se encuentran aprobados previamente desde donde fueron extraídos y serán indicados al pie de página (página actual).
4. Los autores de los textos son nombrados por sus iniciales al final del cuerpo de escritos, pero serán presentados en su totalidad al pie de página (página actual).

### **Descripción completa de los escritos con su autor y fuente del texto.**

Introducción a la Biblia - Autor: Editor.

Dios - Autor: John Nelson Darby, (Extraído de [www.palabradeverdadcordura.cl](http://www.palabradeverdadcordura.cl))

¿Es la Iglesia sucesora de Israel? - Autores: R. Brockaus, John Nelson Darby, Hamilton Smith (Extraído de [www.palabradeverdadcordura.cl](http://www.palabradeverdadcordura.cl))

El Cristianismo. - Autor: C.H. Mackintosh, (Extraído de [www.verdadespreciosas.org](http://www.verdadespreciosas.org))

Vivir para Cristo. - Autor: W.J. Hocking (Extradido de [www.lecturasbiblicas.org](http://www.lecturasbiblicas.org))

La importancia de la Palabra profética. – Autor: Arend Remmers (Extraído de [www.biblecentre.org](http://www.biblecentre.org))

Riquezas inescrutables. - Autor: Edward Dennett, (Extraído de [www.sedin.org](http://www.sedin.org))

Estimado lector la publicación de esta revista se sustenta con la oración y el servicio al Señor, es por esta razón que se solicita sus oraciones a Dios nuestro Padre en la faz de Cristo, para que esta labor pueda seguir su curso mientras el Señor viene pronto.

Revista Cristiana



Lecturas de Literatura y Edificación Cristiana

Para toda información acerca de la revista dirigirse a:

Adriano Felipe Contreras (Editor)  
Comuna de Coronel  
Región del Bio-Bio  
Chile

Email: [contacto@notasbiblicas.cl](mailto:contacto@notasbiblicas.cl)

[www.notasbiblicas.cl](http://www.notasbiblicas.cl)

Editorial Cristiana Notas Bíblicas